

NACION DE BREOGAN: OPORTUNIDADES POLITICAS Y ESTRATEGIAS ENMARCADORAS EN EL MOVIMIENTO NACIONALISTA GALLEGO (1886-1996) (*)

Por RAMON MAIZ

*«Pois, donde quer, xigante a nosa voz pregoa
a redenzón da boa razón de Breogán»*

(E. Pondal.)

SUMARIO

I. LAS RAÍCES DE UN DÉFICIT POLÍTICO: LAS PRECONDICIONES ÉTNICAS Y SOCIALES.—
II. ELABORACIÓN DE LOS MITOS FUNDADORES Y FRACASO POLÍTICO ORGANIZATIVO DEL
NACIONALISMO GALLEGO EN EL SIGLO XIX.—III. DE LA CULTURA A LA POLÍTICA: LA CONS-
TRUCCIÓN DE UN PARTIDO NACIONALISTA GALLEGO DURANTE LA II REPÚBLICA.—
IV. RUPTURA CON LA TRADICIÓN Y ANTICOLONIALISMO RADICAL: EL NACIONALISMO GA-
LLEGO BAJO LA DICTADURA FRANQUISTA (1939-1975).—V. DEL ANTIESPAÑOLISMO AL
«PROYECTO COMÚN»: EL NACIONALISMO GALLEGO EN LA TRANSICIÓN Y CONSOLI-
DACIÓN DEMOCRÁTICAS (1978-1996).

La Constitución de 1978 si bien reconoce la existencia de «nacionalidades y re-
giones» (art. 2) integradas en la Nación española, no establece criterio de deslinde entre
unas y otras, al tiempo que tampoco otorga preferencia institucional alguna (mayor
nivel de autonomía, procedimiento más rápido de acceso a la misma, etc.) a la eventual
presencia de tal condición en una Comunidad Autónoma. Sin embargo, la «presencia
de una voluntad autonomista cualificada», como puede leerse en los *Diarios de Se-
siones* de la constituyente, motivaría la inclusión de una transitoria segunda en la que

(*) El presente estudio forma parte de una más amplia investigación en equipo sobre *Dimensiones de la identidad colectiva en Galicia*, dirigida por el autor y financiada por el Instituto de Investigaciones Lingüísticas Ramón Piñeiro, mediante convenio con la Universidad de Santiago de Compostela.

«los territorios que en el pasado hubiesen plebiscitado afirmativamente proyectos de Estatuto» —Cataluña, País Vasco y Galicia— podrían acceder al techo máximo de autonomía mediante un procedimiento simplificado y privilegiado (1). La formal igualdad jurídico-constitucional de los tres casos contrasta, empero, con el hecho notorio de que ni en el pasado, ni durante la transición y consolidación democráticas, el nacionalismo gallego haya logrado los elevados niveles de implantación social, presencia política y apoyo electoral alcanzados por los nacionalismos catalán y vasco.

Ahora bien, en rigor, una nación existe cuando se consigue la autocomprensión política de una realidad colectiva ampliamente compartida, esto es, cuando se alcanza el umbral de fenómeno de masas y la interpelación de las élites nacionalistas resulta asumida por una parte mayoritaria de la población como indiscutible *evidencia política* (2). A este respecto, el caso de Galicia ilustra de modo ejemplar, desde su endémica precariedad nacionalitaria, el insoslayable proceso de *construcción* social y política en que consisten las naciones. Esto es: la presencia de I) una base *étnica* diferencial (3), por sólida que sea, si bien preconditiona la plausibilidad y orientación futuras de la nación, no garantiza por sí sola su mecánica traducción política en una «fully fledged nation». Por el contrario, y el fracaso histórico del nacionalismo gallego lo patentiza de modo ejemplar, además de una etnicidad diferenciada, deben concurrir necesariamente; II) determinadas *precondiciones sociales* (4), tales como umbrales mínimos de movilidad social, de comunicación supralocal, una matriz de intereses comunes potencialmente conflictivos con el exterior, etc.; III) una propicia *estructura de oportunidad política* (5): relativa apertura del ac-

(1) Sobre el proceso de institucionalización de la Comunidad Autónoma gallega véase X. VILAS, R. MÁIZ, F. CAAMAÑO Y J. M. RIVERA: *O sistema político galego*, Vol. I. *As Institucións*, Xerais, Vigo, 1994.

(2) W. CONNOR: *Ethnonationalism. The Quest for understanding*, Princeton U. Press, New Jersey; A. PÉREZ AGOTE: «Modelo fenomenológico-genético para el análisis de la identidad colectiva», en X. BERANENDI, R. MÁIZ Y X. NÚÑEZ: *Nationalism in Europe: past and present*, Universidad de Santiago, Santiago de Compostela.

(3) Lo que en modo alguno implica la reducción instrumentalista de la nación a mero «artefacto cultural de la modernidad», o una «creación *ex nihilo*» como sugiere Smith («Gastronomy or Geology? The role of nationalism in the reconstruction of nations», en *Nations and Nationalism*, vol I: 1, 1995, págs. 3-24), sino a resaltar el activo y decisivo papel de interpretación y de articulación *políticas* de la nación que desempeñan el nacionalismo y los nacionalistas. Si la nación no es un depósito histórico de tradición, si la nación no «ha estado siempre ahí» desde tiempos inmemoriales, como sostiene el discurso nacionalista, sino que ha sido construida, interpretada y movilizada, esto es, de algún modo *inventada*... resulta clave para el científico social, sustituir la febril procura de antecedentes más o menos remotos del presente, por la tarea menos lineal y sintética de dar cuenta del proceso, abierto e indeterminado, de su génesis: quién y cómo la formula, esto es, qué elementos selecciona, con qué marco interpretativo, cómo se difunde y que sectores sociales son interpelados, qué obstáculos sociales y políticos encuentra para convertirse en fenómeno de masas, con qué nivel de aceptación como evidencia política compartida cuenta entre los ciudadanos, con qué orientación político-ideológica cristaliza, etc.

(4) M. HROCH: *Social preconditions of national revival in Europe*, CUP, Cambridge, 1985 y «From National Movement to the Fully-Formed Nation», *New Left Review*, 231, 1993, págs. 3-21.

(5) Sobre el concepto de «Estructura de oportunidad política» (EOP) formulado por Eisenger, Kitschelt, Kriesi, Diani y otros como «political constraints and facilitators» de la movilización véase

ceso político formal, inestabilidad de los apoyos políticos a los partidos no nacionalistas, divisiones en la élite dominante o alteración de sus estrategias respecto a la cuestión nacional y aparición de nuevos aliados y, por último, una eficaz *mobilización política* IV) que consolide organizativamente el movimiento nacionalista, aglutine estratégicamente bajo su dirección a amplios sectores sociales y proporcione *marcos interpretativos* (6) de la realidad política que, mediante un proceso de alineamiento (*frame alignment*) llevado a cabo por estrategias enmarcadoras apropiadas, sean finalmente asumidos por la mayor parte de la población como «master frame» de referencia.

Todo ello exige, sin embargo, una perspectiva analítica de orden genético, en la que la nación no sea considerada como un dato «objetivo», «natural» y previo a la movilización, como una comunidad que existe desde tiempo inmemorial, tal y como necesariamente sostiene el discurso nacionalista a fin de generalizar la nación como evidencia política. Aquélla deberá ser aprehendida, más bien, como el «precipitado» final, contingente y jamás suturado por completo, de un *proceso* abierto y en buena medida indeterminado de producción social y política, a lo largo del cual se solventa no sólo la orientación ideológica dominante en cada caso, sino de modo capital la misma existencia o no de una nación en sentido estricto, como identidad colectiva masivamente asumida y políticamente expresada. Resultado este último en modo alguno garantizado por la sola presencia de una singularidad histórico-cultural. En definitiva, un análisis para el que no es la nación, primordialmente dada de antemano, la que antes o después genera de modo inevitable el nacionalismo que la expresa y la reivindica; sino el nacionalismo el que, en su caso, construye la nación, elaborando políticamente el «raw material» étnico disponible, articulando una identidad colectiva bajo una hegemonía y autocomprensión específicas, en el seno de las posibilidades abiertas por un contexto institucional dado (7). De ahí la utilidad de aplicar al

S. TARROW: *Democracy and Disorder*, Oxford, 1989, y *Struggle, Politics and Reform*, Ithaca, 1989, quien sintetiza la EOP en los siguientes elementos: estabilidad-inestabilidad de los alineamientos políticos, nivel de acceso formal al sistema político, disponibilidad de aliados y conflicto intraélites.

(6) Sobre el concepto de «marco interpretativo» (*mobilization frame*) véanse SNOW y BENDFORD: «Ideology, frame resonance, and Participant Mobilization», en KLANDERMANS, KRIESI y TARROW: *From Structure to Action*, Greenwich (Con.), 1988, y «Master Frames and Cycles of Protest», en MORRIS y MUELLER: *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven, 1992; P. DONATI: «Political Discourse Analysis», en DIANI y EYERMAN: *Studying Collective Action*, Londres, 1992; H. JOHNSTON: *Tales of Nationalism*, New Brunswick, 1991. Por nuestra parte mantenemos aquí la distinción de EDER entre los elementos intencionales (estrategias enmarcadoras —*framing strategies*— y articulación simbólica —*symbolic packaging*—) y los no intencionales, producidos o reproducidos en los procesos de comunicación de las articulaciones simbólicas de los dispositivos enmarcadores, los marcos interpretativos (*mobilization frames*); K. EDER: *Framing and communicating environmental issues*, Florencia, 1992.

(7) Incluso para un autor como A. Smith, que postula un relativo determinismo étnico *perennialista* de la nación, el conjunto de «mitos, recuerdos, valores y símbolos» que integran la *etnia* «debe ser politizado» para generar una nación. Cfr. A. SMITH: *The ethnic origins of nations*, Londres, 1986; P. BRASS: *Ethnicity and nationalism*, Londres, 1991, radicaliza la apertura e indeterminación últimas de las naciones, consideradas como construcciones políticas y sociales, conformadas al hilo de la competición

estudio de los procesos de construcción nacional el arsenal conceptual del análisis de los movimientos sociales, revelándose en extremo pertinente el creciente énfasis puesto en la relación entre los *marcos interpretativos* (*mobilization frames*) y la *estructura de oportunidad política*.

El objetivo de estas páginas es sintetizar, muy esquemáticamente, *a)* las más importantes claves sociales, políticas e ideológicas del fracaso histórico del nacionalismo gallego en su intento de construir una nación mayoritariamente asumida. Esto es, por expresarlo en términos de un modelo conocido, dar cuenta de la frustrada transición de la «fase B» (movilización política) a la «fase C» (nacionalismo de masas) en la secuencia de Hroch, con la salvedad de que, a diferencia de este autor mostraremos cómo la «movilización cultural», tanto en la «fase A» como en etapas posteriores, posee un alcance inequívocamente político.

Asimismo mostraremos *b)* cómo el relativo ascenso y consolidación política del nacionalismo gallego desde mediados de los años ochenta puede ser explicado en razón de cambios sustantivos en las precondiciones sociales, de una más favorable estructura de oportunidad política, así como de una eficaz movilización de los recursos organizativos disponibles y de la modificación de las estrategias interpretativas y retóricas del movimiento.

I. LAS RAICES DE UN DEFICIT POLITICO: LAS PRECONDICIONES ETNICAS Y SOCIALES

Desde el punto de vista étnico-cultural Galicia posee una marcada diferencia específica articulada sobre un territorio relativamente homogéneo y diferenciado que coincide en términos generales con el espacio de una lengua específica, la lengua gallega, que resulta hablada y entendida por la práctica totalidad de la población (90 por 100 y 96 por 100, respectivamente), en un grado muy superior, en la actualidad, no ya al euskera en el País Vasco, sino al catalán en Cataluña (si bien esta última supera el nivel de lectura y escritura de la lengua autóctona (49 por 100 en Cataluña vs.

entre las élites. Resultan de interés las matizaciones recientes de un primordialista de prestigio como J. Armstrong, para quien «el principal desacuerdo que aún permanece se centra en la antigüedad de algunas invenciones y en el repertorio de características preexistentes del grupo con las que los inventores trabajan» «Towards a Theory of Nationalism: Consensus and Dissensus», en S. PERIWAL: *Notions of Nationalism*, Budapest, 1995, págs. 34-43. El papel central de la «activación» estratégica de la «etnificación de la política» ha sido puesto también de relieve por A. MELUCCI y M. DIANI: *Nazioni senza Stato*, Milán, 1992, y C. OFFE: *Der Tunnel am Ende des Lichts*, Frankfurt, 1994, quien insiste especialmente, con referencia al Este europeo, en la dimensión estratégica y en los actores políticos en presencia, como factores causales de la «Ethnifizierung der Politik» en las transiciones a la democracia de aquellos países, *op. cit.*, págs. 135 y sigs. Sobre las críticas modernistas y postmodernistas al primordialismo de buena parte de los estudios sobre el nacionalismo véase R. MAÍZ: «¿Etnia o Política?: hacia un modelo constructivista para el análisis de los nacionalismos», en *Revista Internacional de Filosofía Política*, núm. 3, Madrid-México, 1994, págs. 89-121.

35 por 100 en Galicia) (8). En efecto, pese a que históricamente la imposición del castellano como idioma oficial primero de la Monarquía Absoluta (siglo xvii), posteriormente del Estado liberal español (siglo xix), redujo el gallego a lengua coloquial de las clases populares, a tenor del fracaso histórico del proceso de *nation-building* en España y del atraso económico de Galicia y su desruralización tardía, éste mantuvo hasta la actualidad un altísimo nivel de uso por parte de la mayoría campesina o de reciente urbanización de la población gallega.

Esta etnicidad diferencial lingüística se potencia adicionalmente en una más amplia especificidad cultural de Galicia integrada por diversos usos, costumbres, estructuras de parentesco y estrategias productivas (9), toda vez que el atraso histórico de los procesos de modernización y urbanización se tradujo en el mantenimiento de una sociedad agraria en la cual hasta mediados del siglo xx, en concreto los años sesenta, no descendería por debajo del 70 por 100 la población activa del sector primario, que aún en la actualidad alcanza el 35 por 100.

Ahora bien, esta etnicidad, que proporciona una sólida base diferencial en el seno de España, presenta, sin embargo, un peculiar *déficit político-institucional*. Y es que con patente disimilitud frente al País Vasco o Cataluña, la temprana inserción de Galicia en las monarquías territoriales centralizadas, el reino de León y la corona de Castilla, así como posteriormente en el centralista Estado español del siglo xix, privó a la dimensión étnico-cultural gallega no sólo de residuos institucionales de una previa autonomía o independencia, sino asimismo de una políticamente activable memoria histórica de autogobierno que sirviera de anclaje a un dispositivo simbólico de la Pérdida, así como de la interna solidaridad comunitaria. En ausencia de *Fueros* o *Generalitat*, y de su decisivo correlato de capital simbólico e intereses políticos institucionalmente generados, la poco convincente propuesta inicial de Murguía de la Junta del Reino de Galicia, asamblea «representativa» de las oligarquías urbanas en el Antiguo Régimen, como institución gallega de autogobierno, daría paso a la postulación de la provincia romana de *Gallaecia*, así como el «reino» Suevo del siglo vi, políticamente desactivados en razón de su disparidad territorial y lejanía en el tiempo, como materiales de elaboración mítica del discurso del nacionalismo gallego del siglo xix (10).

Pero será, ante todo, en las *precondiciones sociales* donde pueden rastrearse determinados factores que apuntan a una matriz de potencial déficit político del nacionalismo gallego. En efecto, resulta de capital interés constatar no solamente el ca-

(8) Véase GARCÍA FERRANDO, LÓPEZ ARANGUREN y M. BELTRÁN: *La conciencia nacional y regional en la España de las Autonomías*, Madrid, 1994, págs. 35 y sigs. Para Galicia la referencia clave al respecto es G. ROJO (edit.): *Mapa sociolingüístico de Galicia*, varios volúmenes, 1994, 1996..., Real Academia Gallega, La Coruña.

(9) Sobre el particular puede consultarse C. LISÓN TOLOSANA: *Antropología cultural de Galicia*, Madrid, 1981, R. ITURRA: *Antropología económica de la Galicia rural*, Santiago, 1988, y M. GONDAR: *Crítica da razón galega*, Pontevedra, 1993.

(10) M. ARTAZA: *A Xunta do Reino de Galicia no final do Antigo Réxime*, La Coruña, 1993.

rácter eminentemente rural de la población gallega, a resultas del atraso en la modernización del país, sino otra serie de elementos adicionales para un proceso de *nation-building*. Ante todo, el régimen de tenencia de la tierra que mantuvo el sistema de renta precapitalista de la tierra, los *foros*, hasta 1926 y que propició, conjuntamente con la hegemonía sociopolítica de la *fidalgua* agraria, el estancamiento productivo agrícola, con una deficiente incorporación al mercado y el mantenimiento de la economía campesina de subsistencia (11); el minifundismo, la extrema división de las parcelas de cultivo y, a resultas de ello una dispersión de la población en pequeños núcleos aislados; y, finalmente, la temprana crisis de la protoindustria textil agrícola de base doméstica y con ella de uno de los elementos potencialmente más modernizadores de la economía gallega (12). La lenta incorporación al mercado, la diseminación de la población, la economía de autoconsumo, etc., se tradujo en y potenció a la vez las deficiencias crónicas de comunicación, no sólo con el exterior como tiende a resaltarse, sino en el interior de Galicia, con el consiguiente aislamiento parroquial y desarticulación generalizada del territorio. El fuerte localismo que de ello se deriva, el mundo cerrado de los pequeños «lugares», con apenas intercambios con el exterior y centrados en el policultivo de subsistencia, se traducían en muy bajos índices de movilidad social y de comunicación, con práctica ausencia de redes de contacto más allá del ámbito local (13), nucleado este último en torno a la institución eclesiástica, con lo que se bloqueaba la construcción de interrelaciones exteriores a la propia comarca, y con ello de una identidad colectiva global. Localismo que se manifiesta, por ejemplo, en la inexistencia histórica de mito colectivo tradicional o símbolo religioso alguno compartido por todos los gallegos como referente de significación e identidad comunitarias.

El escaso peso de las ciudades gallegas durante todo el siglo XIX y buena parte del XX, con ausencia de un centro hegemónico claro de desarrollo urbano y centralización del intercambio, no harían sino reforzar la desvertebración territorial y propiciar con ello la base para el control de la iglesia a nivel parroquial y el *caciquismo* como forma endémica de clientelismo político, así como la proliferación de los enfrentamientos localistas.

Pero, además, este retraso de los procesos de modernización, industrialización y urbanización, conllevaría que, en cuanto formación social periférica del capitalismo español, y a diferencia de Cataluña y el País Vasco, Galicia no sólo no recibiría aportes inmigratorios, elemento decisivo de génesis identitaria mediante explotación de la diferencia a partir de la confrontación de estereotipos propio-ajeno, sino que se convertiría, a lo largo de los siglos XIX y gran parte del XX, en un país con altísimas tasas de emigración. La elocuencia cuantitativa de las cifras —en cien años (1860-

(11) R. VILLARES: *La propiedad de la tierra en Galicia 1500-1936*, Madrid, 1982.

(12) J. CARMONA: *El atraso industrial de Galicia 1750-1900*, Barcelona, 1990, y ALONSO ALVAREZ: *Industrialización y conflictos sociales en la Galicia del Antiguo Régimen*, Madrid, 1976.

(13) Sobre la permanencia de estos rasgos tradicionales en la Galicia de los años setenta, cfr. W. ETTEMA: *Spanish Galicia: A Case Study in Peripheral Integration*, Amsterdam, 1980.

1960) Galicia perdería más de un millón de personas (14)— no debe diluir la decisiva dimensión cualitativa del fenómeno: la pérdida de los segmentos más jóvenes y activos de la población, la potenciación del fatalismo y del comportamiento individualista y *free rider* frente a la movilización colectiva interna, etc.

II. ELABORACION DE LOS MITOS FUNDADORES Y FRACASO POLITICO ORGANIZATIVO DEL NACIONALISMO GALLEGO EN EL SIGLO XIX

Sobre un tal trasfondo de, en conjunto, favorables precondiciones étnicas, salvo el déficit institucional apuntado y, por el contrario, muy desfavorables precondiciones sociales que, al desvertebrar el territorio y desagregar los intereses multiplicaban las fracturas internas, los conflictos localistas, generalizando la desconfianza como actitud predominante en la vida social, el nacionalismo gallego durante todo el siglo XIX se enfrentará, asimismo, a una desfavorable estructura de oportunidad política y a una incapacidad reiterada de inclusión de amplios sectores de la población bajo sus marcos de interpretación. Daremos brevemente cuenta de ambos extremos.

Como suele ocurrir en todos los nacionalismos interiores de los Estados plurinacionales, los primeros ideólogos nacionalistas gallegos no sólo hipostatizaron la nación sobre la concurrencia de una serie de elementos étnico-culturales —postulándola como algo natural en sus pretendidamente remotos orígenes, volviendo residual la presencia de conciencia nacional explícita—, sino que procedieron a retrotraer en el tiempo los propios orígenes de la movilización nacionalista mediante una lectura presentista del pasado, situándolos en los años cuarenta del siglo XIX y en lineal y progresiva continuidad con «etapas» posteriores de manifestación del sujeto Nación. Desde un punto de vista genético, sin embargo, al investigador se le presenta una pluralidad político-cultural de movimientos con muy vario alcance y significación, y siempre con carácter marginal en el escenario político de la Galicia de la época; a saber: ciertos sectores del liberalismo progresista y del republicanismo, así como, en otro orden, el *Rexurdimento* literario.

Por lo que al primero respeta, sería en el movimiento denominado *Provincialismo*, un levantamiento político-militar contra la dictadura de Narváez, donde la autocomprensión del nacionalismo posterior fijaría sus orígenes, supuestamente preanunciados por determinados intelectuales ilustrados (Sarmiento). Ello resulta, empero, escasamente plausible toda vez que un análisis atento al contexto político e intelectual del momento, revela el carácter episódico que el elemento galleguista revistió en el alzamiento militar de 1846, frente a las dominantes motivaciones y directrices de carácter liberal-progresista de los dirigentes militares e intelectuales del mismo. Constituían estas últimas, en efecto, una manifestación más, presente así-

(14) Véase al respecto M. X. RODRÍGUEZ GALDO: *O Fluxo migratorio galego dos séculos XVII ó XX*, Santiago, 1995 y bibliografía allí citada.

mismo en otros lugares de España, de la crisis del «liberalismo» conservador y autoritario bajo el que, a la sazón, se construía el Estado español. Ciertas frases aisladas introducidas por intelectuales «provincialistas» en algunas proclamas, en modo alguno justifican la consideración del movimiento como prenacionalista, ni aún vagamente «galleguista». De hecho, incluso en el sector de jóvenes intelectuales «provincialistas», incorporado a la movilización, los motivos liberales progresistas primaban sobre los de índole galleguista, que surgen de modo discontinuo, débil y ambiguo (15).

Así, creemos, debe interpretarse la idea de Faraldo de la «Grande Obra», la «agitación de los intereses materiales y morales del territorio gallego» de Neira de Mosquera, al hilo del cual se apunta una reivindicación cultural de la diferencia de lo galaico que comparten, asimismo, intelectuales de muy diversa extracción política: no sólo liberales progresistas como el propio Faraldo, Rúa Figueroa o Romero Ortiz; sino filorrepublicanos como E. Chao; liberales moderados como Neira de Mosquera y Trelles; o conservadores declarados como V. Cociña. En todos ellos se manifiesta de modo diverso la idea de Galicia como una comunidad acuciada por necesidades apremiantes de varia índole: desarrollo económico, progreso cultural, y ocasionalmente como colectividad supraprovincial diferenciada, designada como «provincia», «país», «territorio», etc.

Asimismo resulta claramente perceptible la presencia de un elemento ideológico que, paralelamente a la significativa ausencia de mención sustantiva alguna a factores étnicos, como la lengua (central en la posterior construcción de la diferencia nacional de Galicia), debe ser destacado. Se trata de la peculiar síntesis de historicismo romántico y liberalismo político que bajo el influjo de Vereá y Aguiar, puede constatar en Faraldo, Neira de Mosquera o Martínez Padín, que permite extraer de un pasado literariamente idealizado la posibilidad de un porvenir superador del endémico atraso gallego. Ahora bien, del mismo modo que sería desfigurarse la específica naturaleza histórica del *provincialismo*, considerarlo como prenacionalista y reducirlo retrospectivamente a una fase previa del nacionalismo gallego posterior, igualmente erróneo sería referirse a la *Historia de Galicia* de Vereá y Aguiar (1838), o las del mismo título de Martínez Padín (1844) o Benito Vicetto (1865), como pertenecientes al género de la «historiografía nacionalista». Ciertamente que en ellas se sustancia ocasionalmente un pasado común de todos los gallegos, se subraya una comunidad de origen, se introduce incluso de modo embrionario el mito céltico. Pero, como recientes investigaciones historiográficas han puesto de relieve, también aquí estos elementos resultan claramente marginales a un discurso liberal, frecuente en la época en diversas manifestaciones de la historiografía española que integra su contexto intelectual de referencia (16).

(15) J. BERAMENDI: «Sobre los orígenes y peculiaridades del galleguismo decimonónico», en AA. VV.: *Orígens i Formació dels Nacionalismes a Espanya*, Reus, 1994.

(16) A. MATO: *Historiografía y Nacionalismo. La construcción histórica de Galicia por los historiadores gallegos del siglo XIX*, Tesis doctoral (inédita), Universidad de Santiago.

De hecho, el verdadero punto de ruptura, más que de continuidad, desde este punto de vista historiográfico, inaugurador de la historia nacionalista gallega, debe situarse en la *Historia de Galicia* (1865) de Martínez Murguía donde, en superación del horizonte provincialista antedicho, se sientan las bases de la identidad nacional gallega y sus mitos fundadores centrales, que serán retomados a partir de aquí, una y otra vez, como punto de referencia indiscutido por los intelectuales nacionalistas posteriores, como veremos, hasta bien entrado el siglo xx (17).

Una segunda procedencia de posiciones «galleguistas» suele ser ubicada en el interior del Partido republicano federal de Galicia. En concreto, un sector minoritario de este partido, encabezado por Sánchez Villamarín manifestaría una cierta preocupación por los problemas de Galicia en cuanto comunidad específica que desborda la usual abstracción y carácter genérico de los planteamientos sólitos en el Partido Republicano español de la época, incluida su ala cantonalista e «intransigente» (18). El autor del *Presupuesto de la República federal, Cantón o Región de Galicia*, manifestaba en efecto una específica consideración económica y política de Galicia que no puede ser reconducida, sin más, a la que a la sazón, constituía la «solución» federal a los problemas de España: la reconversión de los antiguos reinos de la Monarquía en Estados de una federación española. La propuesta del «Centro de iniciativas para la nueva organización de Galicia», escritos y manifiestos como *A Galicia* de Quet, Portela y País Lapido, etc., incorporaban un matiz galleguista al ideario federal que se plasmaría en la convocatoria de un «Congreso Gallego» centrado en temas tales como el fomento de la agricultura, la redención de los foros, los problemas de la emigración, etc.

Sin embargo, la precariedad de estos sectores minoritarios en el seno del Partido republicano, y su marginación a tenor de conflictos más amplios, como la crisis política del federalismo español durante los inicios de la Restauración y la propia escisión interna del Partido republicano, impedirían no sólo que cuajara este tipo de nueva perspectiva, sino, asimismo, su puesta en contacto con la práctica política del federalismo gallego, especialmente activo en las movilizaciones campesinas contra el exceso de impuestos.

Será, sin embargo, desde el tercer lugar de procedencia de los citados, el campo literario, desde el que surgirán las aportaciones sustantivas, duraderas y de hondo calado para la construcción de un espacio ideológico, cultural en primera instancia, pero a la postre también político, de carácter nacionalista. No es necesario insistir en lo que constituye un hecho comúnmente admitido por los estudiosos del nacionalismo: la significación genético nacionalitaria que inicialmente lleva a cabo la *intelligentsia* a través de la fundamentación mítico-estética de la diferencia nacional. Así, mediante el «redescubrimiento» de la lengua, la literatura, la atención al fol-

(17) R. MÁIZ: «Raza y mito céltico en los orígenes del nacionalismo gallego», en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 25, 1984, págs. 137-180, y *A Idea de Nación*, Vigo, 1996.

(18) X. MORENO: *El federalismo gallego en el siglo XIX*, Tesis Doctoral (inédita), Universidad de Santiago.

klóre y costumbres del país gallego, se pondrán las bases de la distinción propioajeno, de la común identidad de origen, de la solidaridad básica comunitaria (19). Tal será la significación primera de la modesta obra literaria de Pintos, Posada, Camino, Añón, Curros, etc.: la «recuperación» de la lengua gallega para la escritura, su sobresignificación como elemento diferenciador central, como símbolo esencial de la patria gallega. Tarea que con las figuras mayores de Rosalía de Castro y Eduardo Pondal, en el *Rexurdimento*, en el Renacimiento pleno, alcanzará al hilo de una mayor calidad literaria, sus cotas más altas de eficacia mítico-simbólica, estéticamente enmarcadora de la evidencia social de la nación gallega. Así, Pondal proporcionará el poema que se convertiría en Himno Gallego; Rosalía estigmatizaría a Castilla como «lo otro» de Galicia, al tiempo que ubicaría retóricamente al campesinado como el depósito inmortal de las esencias patrias, cristalizadas en la lengua gallega (20).

La evolución de las justas literarias denominadas «Juegos Florales» manifestaría la creciente relevancia política que asumiría el discurso literario galleguista. A partir de los Juegos de 1871, pero sobre todo de los de Pontevedra de 1884, se patentizaría el potencial expresivo de la lengua gallega como significación de una identidad nacional mantenida incólume a lo largo de la historia. Tal vínculo entre cultura y política galleguista, que vuelve inútil cualquier intento de aprehensión literaria al margen de las condiciones político-discursivas de emergencia del fenómeno, resaltaría especialmente en los Juegos de 1891, en los que las intervenciones de Brañas y Murguía, plantearían abiertamente en términos políticos, con el caso irlandés como modelo, la defensa de los intereses de Galicia como «nacionalidad oprimida».

Sería, precisamente, Manuel Murguía, uno de los líderes del movimiento *regionalista*, que transcurre en Galicia durante los años 1886 a 1907, quien procedería a la formulación del marco interpretativo central del nacionalismo gallego, fijando los mitos fundadores de la comunidad nacional. En diversas obras, que se inician con la publicación en 1865 del primer volumen de su monumental *Historia de Galicia*, este autor procedería a la minuciosa construcción discursiva de Galicia como *Nación*, a través de una original síntesis de elementos historicistas y organicistas (raza, lengua, historia, etc.), con factores voluntaristas de cuño liberal, con raíces explícitas en la obra de Mancini. Peculiaridad esta última, la posición política liberal, que resalta frente a las otras formulaciones de los nacionalismos periféricos de la España del siglo XIX, toda vez que, tanto Arana y Goiri como, en menor medida ciertamente, Prat de la Riba, la fundamentación etnicista de los nacionalismos respectivos desembocarían en la erosión corporativa de la perspectiva liberal (Prat), cuando no en su li-

(19) B. ANDERSON: *Imagined Communities*, Londres, 1983; J. ARMSTRONG: *Nations before Nationalism*, Chapel Hill, 1982, y L. GREENFELD: *Nationalism: Five Roads to Modernity*, Cambridge (Mass.), 1992.

(20) C. HERMIDA: *Os precursores da normalización. Lingua e literatura galegas durante o Rexurdimento (1840-1891)*, Vigo, 1992; J. BERAMENDI: «Os referentes nacionais en Rosalía de Castro e no Provincialismo galego», *Actas Congreso Rosalía*, Santiago, 1986, págs. 381 y sigs.

quidación de la mano de elementos tradicionalistas, xenófobos y antidemocráticos (Arana).

La aportación central de Murguía sería la elaboración del marco interpretativo fundador del nacionalismo gallego sobre el *mito céltico* de los orígenes («la base étnica de Galicia es céltica»), destinado a generar, más allá de su inverosimilitud histórica, un efecto generador de evidencia nacionalitaria que desempeña una plural y compleja funcionalidad político-ideológica como «articulación simbólica» (*Symbolic package*); a saber:

- La fundación de la comunidad de origen y la materialización de la comunidad simbólica sobre la comunidad étnico-natural.
- La designación del «otro», del enemigo histórico nacional, los «semitas» (españoles del centro y del sur) frente al que se constituye como antítesis la identidad gallega.
- La minoración de las contradicciones internas y de los conflictos entre los gallegos quienes, en cuanto miembros de la misma comunidad de origen, son interpelados para constituirse («por encima de las diferencias») como bloque interclasi-sista nacional.
- La modernización y europeización de la decisión de nacionalidad del pueblo gallego el cual, en razón de su naturaleza «ariana», posee un porvenir a la altura de los países más desarrollados de Europa.
- La impugnación de la estructura territorial del Estado español, reinterpretada como la imposición de una cultura, no sólo ajena, sino inferior (semita, no céltica) a través del centralismo autoritario.

Vemos así como la plural dimensión 1) *cognoscitiva* de los diferentes dispositivos enmarcadores (*framing devices*): de objetividad empírica de existencia de la nación por la presencia de los rasgos diacríticos (raza, lengua, etc.); de responsabilidad moral para con la patria; de juicio estético, en fin, de la naturalidad esencial de la nación céltica gallega contrapuesta en todo a la España «semítica», etc., se articula con la dimensión 2) *narrativa* por la que se pretende generar un específico actor colectivo nacional, mediante la movilización política de recursos comunicativos en procura de un alineamiento discursivo (*frame alignment*) de los gallegos como patriotas.

Este mito céltico formulado minuciosamente por Murguía al hilo de su relato histórico pasaría, con apenas variaciones menores, a constituirse en el eje central del capital ideológico del galleguismo histórico, simbolizado en la «nación de Breogán», héroe este último extraído del «libro de las invasiones» irlandés, y se mantendrá en vigor hasta bien entrado el siglo XX.

Ahora bien, resulta llamativa la distancia existente entre el importante desarrollo intelectual y cultural del nacionalismo gallego en estos años (21), la multiplicación de periódicos, revistas y libros que desarrollan el discurso galleguista a finales del

(21) R. MAÍZ: *O Rexionalismo galego: Organización e ideoloxía (1886-1907)*, La Coruña, 1984.

siglo XIX y primera parte del siglo XX y el reiterado fracaso político del mismo, no ya en el plano electoral, sino en la propia edificación de una fuerza política estable, organizada, con apoyos e implantación sustantivos. A los efectos que aquí importan, resulta de capital interés dar cuenta brevemente de las causas de varia índole que motivarán el fracaso político final del movimiento autodenominado «regionalista» que se desarrollaría en Galicia entre 1880 y 1904.

El primer factor a destacar reside en que, a despecho de las continuadas proclamas de «unidad de todos los gallegos por encima de las diferencias», el movimiento regionalista estuvo en todo momento dividido en su interior por la concurrencia, bajo el común marco interpretativo genérico, de tres *estrategias enmarcadoras* (*framing strategies*), altamente conflictivas entre sí, lo que, tras varios enfrentamientos y rupturas, conduciría a la final disgregación del movimiento, impidiendo su consolidación como partido político dotado de organización estable y programa.

Una primera fracción, la más numerosa, se hallaba constituida por los regionalistas *liberales*, cuyo núcleo más fuerte se ubicaba en la ciudad de La Coruña, y cuyo local social «La Cueva Céltica» se convertiría en el centro más importante no sólo de impulso cultural y literario, sino político del movimiento. Este sector, liderado por Murguía, aunaba la defensa de los «intereses de Galicia», conceptuada por unos como «nación» y «nacionalidad» y por otros como «región», con un ideario liberal progresista en lo político (defensa de los derechos políticos y el pluralismo, anticaciquismo, etc.) y una apuesta decidida por la modernización económica del país («Nuestro regionalismo se encuentra estrechamente unido a los principios liberales [...] somos hijos de nuestra región, pero también de nuestro tiempo»). Su interpelación, dirigida fundamentalmente a las capas urbanas, burguesía y pequeña burguesía ilustrada, se mostraba pragmáticamente moderada en sus exigencias de autogobierno para Galicia, las cuales, rechazando tanto el federalismo como el Estado centralista de la época, se centraban en la petición de «Autonomía», esto es, descentralización política (no meramente administrativa), con propio Parlamento y Gobierno (inspirada en la «Autonomía colonial» para Cuba y Puerto Rico de 1897), pero sin reclamar Estado ni Constitución propios como se derivaría de la asunción del Principio de las Nacionalidades (22).

Por su parte, la segunda corriente, *católico tradicionalista*, localizada fundamentalmente en la ciudad de Santiago de Compostela —dominada ideológicamente por la iglesia y socialmente por los rentistas— dirigida por el prestigioso intelectual Alfredo Brañas, postulaba una apología *integrista* (esto es, no solamente como inspiración crítica de la modernidad, sino con verdadero anhelo restitutionista) del Antiguo Régimen, en cuyas instituciones se ubicaría a su entender la diferencia esencial de Galicia. De este modo, el galleguismo era entendido como una defensa frente a la

(22) R. MAIZ: «Estado español y nación española en el discurso político del nacionalismo gallego», en DE BLAS y JUARISTI (eds.): *Nacionalismo español y nacionalismos periféricos*, Madrid, 1996.

lejana amenaza de la modernización, la industrialización y la urbanización, que se percibían, pese a su patente atraso en Galicia, como una amenaza para el mundo religioso y tradicional gallego: «Deus fratesquae Gallaeciae». Su propuesta política, dirigida a los sectores más conservadores del clero, la hidalguía residual y los perceptores de rentas de varia índole, con carácter abiertamente antiliberal (que no rehusaba incluso el calificativo de «reaccionaria») reclamaba la recuperación de los privilegios y las jerarquías tradicionales (frente a «la manía igualitaria de la democracia moderna»), así como de las instituciones corporativas y gremiales. Por ende, la progresiva decantación carlista de los máximos dirigentes de esta tendencia —Brañas, Vázquez de Mella— concluiría por desdibujar cualquier proyecto de autogobierno regional, al articularlo en un proyecto de Monarquía española autoritaria y centralista de tipo tradicional del tipo «Monarquía federativa» o «Monarca con fueros» (23).

Finalmente, la tercera y, en este caso, muy minoritaria tendencia regionalista se hallaba constituida por una pequeña fracción del Partido federal que, liderada por Aureliano Pereira, proponía una muy progresista síntesis de regionalismo, federalismo y republicanism. Aquí, una apuesta por la modernización decidida de la economía gallega y la supresión («redención») de instituciones arcaicas como el «foro», en buena medida responsables del crónico atraso del país, se sumaban a un programa de democratización de las instituciones y lucha contra el clientelismo político. Su radicalidad democrática, así como el modelo federal de reestructuración del Estado español que propugnaban, al tiempo que su marginalidad en el seno de la polarización entre liberales y tradicionalistas, dificultarían que este pequeño grupo pudiera introducir en el seno del regionalismo gallego de la época su estrategia orientada a la articulación del galleguismo con los intereses del campesinado (24).

Los enfrentamientos reiterados entre estas tres corrientes del galleguismo, extremadamente divergentes, como hemos podido comprobar, en cuanto al marco interpretativo comunitario propuesto, constituirían una de las causas de que los sucesivos intentos de dotar al movimiento con una organización estable, provista de programa y presencia organizativa en todo el territorio —*Asociación Regionalista* (1891-1893), *Junta de Defensa de Galicia* (1893) y *Liga Gallega* (1897)— concluyeran en otros tantos fracasos y en la dispersión final de pequeños grupos intelectuales en las ciudades gallegas. Déficit político reflejado, por ejemplo, en la no concurrencia a las elecciones parlamentarias, ni siquiera con carácter testimonial, así como el patético bagaje electoral municipal de estos años: la obtención de un concejal en las elecciones locales de Santiago de Compostela en 1891.

Ahora bien, no resulta difícil adivinar en la irreductibilidad de las divergencias internas, la subyacente tensión política y social inducida por el atraso económico de Galicia; en efecto, la vieja sociedad se resistía a desaparecer y la nueva no conseguía

(23) R. MÁIZ: *Alfredo Brañas. O ideario do rexionalismo católico-tradicionalista*, Vigo, 1983.

(24) R. MÁIZ: «O rexionalismo federal de A. J. Pereira», en *A Idea de Nación*, Vigo, 1996.

establecerse. El retraso en la generalización del modo de producción capitalista, la persistencia de relaciones de producción tardofeudales como las rentas forales, la práctica ausencia de industrialización salvo en enclaves aislados, orientados al exterior tanto en *inputs* como en *outputs*, un mercado interno con escasísimo poder adquisitivo derivado de una agricultura de subsistencia, la muy deficiente red viaria, etc., configuraban unas precondiciones sociales de crisis estructural, desarticulación, localismo e incomunicación que dificultaban extraordinariamente las posibilidades de recepción de un marco interpretativo de carácter comunitario.

En efecto, por una parte, los sectores vinculados a las rentas forales de la tierra se hallaban a la sazón en abierta crisis y decadencia, a tenor de un proceso lento pero irreversible de desaparición o reacomodación al nuevo estado de cosas generado lentamente por un capitalismo desindustrializado y dependiente. A su vez, los pequeños núcleos de burguesía no sólo poseían intereses muy diferenciados en torno a temas clave como el proteccionismo arancelario, siendo alguno de los más activos de procedencia foránea (vasca en curtidos, catalana en pesquerías y conservas, por ejemplo), sino que se hallaban perfectamente instalados en el aparato político de la Restauración en defensa de sus intereses sectoriales. Finalmente, un campesinado empobrecido, disperso y aislado, con un bajísimo nivel cultural y sometido jerárquica y verticalmente en su ámbito local por un modo de dominación clientelar que controlaba reticularmente, de modo extraordinariamente eficaz el conjunto del territorio. Frente a todo ello, el frágil contrapunto de una pequeña burguesía urbana (profesionales, pequeños comerciantes, intelectuales...) frustrada en su movilidad vertical por su carácter periférico en el seno de un modo de dominación cuyos resortes se le escapaban por completo, constituía el sector social del que extraería el galleguismo la mayor parte de sus exiguos efectivos.

Añádase a ello una en extremo adversa estructura de oportunidad política para el despegue del movimiento; a saber: el cierre de un sistema político en el que la sólida penetración del entramado caciquil superpuesto a la estructura centralista de los partidos del «turno», liberal y conservador, que poseían un absoluto control político electoral de las zonas rurales, reducía extraordinariamente las posibilidades de acceso de nuevas fuerzas; la consiguiente estabilidad de los alineamientos «electorales» y por detrás de ellos de las redes clientelares; la escasez de conflictos intra-élites derivada del acuerdo fundamental derivado de la práctica de parlamentarismo degradado de la Restauración; el peso abrumador de la Iglesia Católica en las zonas rurales y aún en muchas pequeñas ciudades como Compostela, etc. Todo lo cual se traducía, en definitiva, en un precario *potencial de movilización* a disposición de la organización regionalista que tenía ante sí unas perspectivas en extremo desincentivadoras de cara a emprender una exitosa acción colectiva.

El cuadro, sin embargo, debe completarse necesariamente con una obligada referencia al patente desalineamiento (*frame dealignment*) del marco interpretativo propuesto por los galleguistas, esto es la incongruencia entre el mismo y los intereses y valores de la mayor parte del país, debido a las deficiencias que presentaban sus *estrategias retóricas*. En efecto, la naturaleza romántica y fundacionalista

del discurso político regionalista, su carácter urbano y formulado en castellano, ajeno a los problemas del campesinado y destinado a una burguesía débil, heterogénea y desarticulada o a una hidalguía en descomposición e instalada en el entramado de la Restauración... configuraban un marco discursivo que por sus desorbitadas pretensiones de modificación de las actitudes y valores políticos de vastos sectores sociales (*frame transformation*), sin conectar con las mismas a través de la incorporación de sus intereses, permanecería irremediablemente huérfano de destinatario.

Este desajuste resultaría patentemente notorio tras la marginación, en el seno de la polarización liberalismo-tradicionalismo, de la alternativa propuesta por el sector federal, cuyo objetivo central, postulado reiteradamente sin éxito alguno, no era otro que la articulación de la etnicidad diferencial de Galicia con el campesinado como interlocutor estratégico y no meramente retórico (como depósito de las esencias patrias). Y así, a principios de siglo, mientras el regionalismo seguía dirigiéndose a sectores sociales que se mostraban impermeables a su mensaje (el caso de la *Liga Gallega* y la burguesía coruñesa es paradigmático), el campesinado gallego se movilizaría masivamente mediante el asociacionismo agrario, surgido en completa desvinculación del galleguismo. De este modo, si bien algunos jóvenes nacionalistas se incorporarían al mismo entre 1910 y 1920, el *Agrarismo* (25) terminaría por ser hegemónico por sectores conservadores por completo ajenos al regionalismo. Finalmente, el rotundo fracaso de la alianza entre regionalistas, tradicionalistas y republicanos que, a diferencia de lo que ocurriría con *Solidaritat Catalana*, cosecharía la *Solidaridad Gallega* en 1906, produciría un corte definitivo en la dinámica del movimiento que tendría que comenzar, desde el punto de vista organizativo, a partir de algún que otro pequeño grupúsculo aislado de intelectuales.

III. DE LA CULTURA A LA POLITICA: LA CONSTRUCCION DE UN PARTIDO NACIONALISTA GALLEGO DURANTE LA II REPUBLICA

El fracaso político, pese al estimable esfuerzo intelectual y cultural —reflejado en la continuidad de la *Revista Gallega* y la creación de la *Academia Gallega* (1904)— promovieron que tuviera que proceder de este último ámbito, a partir de 1916, la reactivación de la discontinua dinámica histórica del galleguismo, bien que deudora en esta ocasión de una muy diferente estructura de oportunidad política y una drástica reformulación del marco interpretativo nacionalista.

La fundación de las *Irmandades da Fala* implicaría un salto cualitativo en el galleguismo: de un lado la transición definitiva al *nacionalismo* explícito, al hilo de la revitalización internacional del principio de las nacionalidades; de otro, pese a la

(25) Vid. J. A. DURÁN: *Agrarismo y movilización campesina en el País Gallego (1877-1912)*, Madrid, 1977.

equivocidad que su denominación literaria pudiera sugerir, la consolidación de un movimiento político organizado con relativos niveles de homogeneidad y estabilidad (26).

La iniciativa de A. Villar Ponte, militante republicano-federal, encontraría una receptividad, insólita hasta la fecha, entre intelectuales y profesionales de muy diversa procedencia política y a los que la crisis de la Restauración y sus partidos, con la consiguiente apertura relativa de la estructura de oportunidad política que ello supuso, convertirían en efectivos disponibles para su eventual incorporación a un proyecto alternativo galleguista.

Así, la creación de las *Irmandades*, primero en La Coruña y posteriormente en diversas ciudades gallegas, y la publicación de un portavoz oficial de las mismas, el periódico *A Nosa Terra*, manifestará muy pronto unos objetivos crecientemente políticos que desbordarían la sola defensa de la lengua gallega, para enfrentarse a temas tales como el caciquismo, los aranceles, la reforma de las estructuras agrarias y, finalmente, situar a alguno de sus miembros en las candidaturas de las elecciones de 1917, así como presentar candidaturas propias en las elecciones de 1918. Precisamente en este último año la celebración de la *Asemblea de Lugo* constituiría un punto de no retorno en la construcción política del movimiento nacionalista gallego, en cuanto afirmación a la vez *política*, no meramente cultural y explícitamente *nacionalista*, toda vez que si bien la conceptualización de Galicia como nación se remontaba a la obra de Murguía, hasta este momento el galleguismo en cuanto movimiento político se había mostrado tras el rótulo «regionalista» polisémico, ambiguo y heterogéneo en sus reivindicaciones y modelo de Estado alternativo. Pero ha de subrayarse, además, la conflictiva pluralidad ideológica que, bajo un concepto organicista de nación articulado en torno a elementos «objetivos» como lengua, historia, tierra, etc., subyacía en el seno del movimiento, lo que como ya había ocurrido con anterioridad promovería tensiones y enfrentamientos internos que paralizarían el trabajo político y electoral de las *Irmandades* en los años veinte.

En efecto, superado el inicial conflicto entre «regionalistas» (partidarios de una mera descentralización administrativa del Estado español) y «nacionalistas» (partidarios de aplicar el principio de las nacionalidades y un autogobierno federal), otros dos antagonismos internos, mutuamente imbricados, escindirían y polarizarían internamente la incipiente organización del nacionalismo gallego. Dos estrategias enmarcadoras, netamente contrapuestas, se perfilaban en esta coyuntura sobre un doble eje de problemas mutuamente imbricados. Se trata, por una parte, de la tensión entre quienes pretendían una estrategia decididamente política y electoral, y aquellos otros partidarios de una fase previa de trabajo cultural, más purista, en ajenidad a los compromisos y confrontaciones propias de la escena política. Polarización ésta que se superponía a otra de superior relieve; a saber: la irreconciliable tensión entre los sec-

(26) La mejor visión de conjunto del nacionalismo gallego hasta la II República se encuentra en X. BERAMENDI: *De Provincia a Nación. O galeguismo político 1840-1936*, Vigo, 1996.

tores católico-traditionalistas o conservadores del nacionalismo gallego y los demócratas republicanos.

Ya desde el comienzo fue perceptible que a la voluntad político-organizativa de construcción de un propio espacio en la escena gallega del momento, mediante la concurrencia electoral, la concreción de programas, el establecimiento de alianzas, la formulación inclusiva y popular y no meramente fundamentalista de los principios ideológicos, etc., propuesto por el grupo de La Coruña (Villar Ponte), de procedencia republicana, se oponía una muy diferente perspectiva liderada por Vicente Risco y el grupo tradicionalista «Nos» de Orense, mucho más elitista y reticente a diluir la pureza de su ideario en la flexibilidad requerida por la procura de aliados y apoyos electorales. Ello reflejaba, por lo demás, una conocida tensión en los movimientos políticos, entre, por un lado, la maximización de la inclusividad del marco interpretativo propuesto, y con ello la dilución de la ideología y el aumento de su vaguedad y abstracción en aras de una mayor accesibilidad popular del mensaje (*frame bridging* y *frame amplification*), con descenso de su capacidad de intensidad emocional y motivación de los precursores (*early risers*); y, por otro, la intensificación cognoscitiva y emotiva del discurso que, derivada de una mayor concreción y rigidez, lo cual proporciona una mayor capacidad de motivación y asunción del coste de militancia por parte de las minorías, erosiona, sin embargo, su capacidad inclusiva por mor de las sectarias exigencias de pureza, adhesión y realineamiento (*frame transformation*), que implica para su potencial de movilización (*late comers*) (27). El equilibrio que toda movilización política debe afrontar entre inclusión e intensidad se resolvería en el nacionalismo gallego, y al precio de una grave crisis interna, al hilo de las vicisitudes del otro conflicto señalado, el antagonismo entre conservadores y tradicionalistas y demócratas republicanos.

La corriente tradicionalista se hallaba integrada por líderes de gran peso intelectual e influencia personal en el seno del movimiento como Losada, Otero y sobre todo Risco, el gran teórico del nacionalismo gallego de aquellos años. De hecho, el marco interpretativo elaborado por este último, sería asumido en mayor o menor medida por la práctica totalidad de los demás líderes y militantes, incluso aquellos con muy diferente ideología y posición política, a los que costaría mucho, sin conseguirlo nunca enteramente, superar la idea de nación antivoluntarista, elitista y auto-

(27) Las diferentes estrategias enmarcadoras pueden ser situadas en un continuo que va desde las más exigentes y transformadoras hasta las más adaptativas y en sintonía con las orientaciones y preferencias del potencial de movilización disponible. Mientras las de *frame transformation* tratan de modificar radicalmente los valores y actitudes del potencial de movilización («golpear en la conciencia del pueblo hasta crear un estado de opinión revolucionario», UPG años setenta), las de *frame bridging* adaptan su estrategia retórica al estado de opinión vigente en el potencial movilizador («Galicia en positivo», BNG años noventa; pero también el célebre «Gallego como tú» de Fraga). Cfr. D. SNOW, R. BURKE y R. BENFORD: «Frame alignment Processes, Micromobilization and Movement Participation», *American Sociological Review*, núm. 51, págs. 464-481, y S. TARROW: «Mentalities, Political cultures and Collective Action Frames: Constructing Meaning through Action», en MORRIS y MUELLER: *Frontiers in Social Movement Theory*, New Haven, 1992, págs. 174-202.

ritaria de su preceptor intelectual (28). En efecto, recogiendo el católico-tradicionalismo de Brañas y depurándolo de su integrismo pasadista, y fusionándolo con la fundamentación céltica de Murguía, bien que liquidando su articulación liberal, e incorporando elementos del pensamiento europeo más reaccionario del momento, Risco postularía un aquilatado concepto organicista de nación gallega. Y lo haría en torno a dos elementos básicos: uno geopolítico, la «tierra»; biólogo el otro, la «raza», dotando a este último de gran ambigüedad, hasta el extremo de que, asociado en ocasiones a una etnicidad meramente cultural, se desliza en otras hacia la asunción de postulados racistas, arianistas, de la época («La nación es una fatalidad biológica, independiente del ser político y la conciencia de los hombres»).

Ello se reforzaba, por ende, en el seno de una ideología política que aunaba catolicismo tradicional, con una crítica radical de la modernidad económica (capitalismo), de la urbanización («La Galicia podrida de las ciudades»), del parlamentarismo, la democracia, el pluralismo, los derechos y libertades, etc., de la mano de una idealización de la vida rural, jerárquica y religiosa del Antiguo Régimen. Frente a esta corriente, inicialmente dominante, el sector demócrata republicano, dirigido por Peña Novo, Villar Ponte, A. Bóveda y, posteriormente, Castelao, propugnaba una síntesis de nacionalismo, federalismo y republicanismo, orientada a modernizar económica y políticamente Galicia, bien que con un ritmo y proceso adecuados para evitar los devastadores efectos de una modernización liquidadora de la cultura gallega. La definitiva orientación laica, republicana y progresista de este grupo no haría sino acentuar las hondas diferencias que lo separaban del sector tradicionalista, en el que militaban buena parte de sus líderes intelectuales («Non se pode ser de dereitas» escribía Castelao a Otero por aquellas fechas) (29).

A partir de 1922 estas tensiones darán lugar a la escisión entre la *Irmandade* de La Coruña dirigida por Peña Novo, la más progresista y numerosa en efectivos, y la de Orense, que bajo el liderazgo de Risco pasaría a denominarse *Irmandade Nacionalista Galega*. A la desmovilización provocada por esta crisis entre dos marcos interpretativos comunitarios que crecientemente asumirían posiciones abiertamente antagónicas, vendría a añadirse la instauración de la Dictadura de Primo de Rivera (1923-1929) que, con el cierre de la estructura de oportunidad política que conllevaba tras la crisis de la Restauración, dificultaría aún más la construcción de un movimiento ya de suyo debilitado. De nuevo, un importante y autónomo desarrollo cultural y literario, plasmado en centenares de libros, folletos y la edición de periódicos y revistas en lengua gallega, se aunaba a un incontestable fracaso político-organizativo del nacionalismo gallego.

Con la llegada de la II República en 1931 se produciría, sin embargo, una reactivación inmediata de extraordinaria intensidad, de la vida política y con ella del na-

(28) X. BERAMENDI: *Vicente Risco no nacionalismo galego*, Santiago, 1982, y *De Provincia a Nación*, cit.; F. BOBILLO: *Nacionalismo Gallego. La ideología de Vicente Risco*, Madrid, 1981.

(29) R. MAIZ: «Volksgeist vs. Raza: o concepto de Nación en Castelao», en *A Idea de Nación*, Vigo, 1996.

cionalismo gallego, manteniendo éste, sin embargo, toda su irresuelta tensión interna de la época precedente. De esta suerte, se vería obligado a competir desfavorablemente por mor de su debilidad estructural y reiterado conflicto entre sus alas derecha e izquierda, en un escenario en constante cambio y altísimo nivel de exigencia organizativa. Las precondiciones sociales y económicas, entretanto, apenas han variado: las escasas transformaciones socioeconómicas de calado que tienen lugar en la Galicia de los años treinta: tanto la más que relativa modernización, innovación técnica y especialización de la agricultura con tímida apertura al mercado, cuanto una cierta tasa de urbanización en la zona costera al hilo de la aparición de industrias navales y conserveras y las relaciones comerciales, etc., apenas inciden en un panorama que continuaba marcado globalmente por el subdesarrollo, el localismo, la desarticulación territorial y la desmovilización comunicativa. A la repentina apertura de la estructura formal de oportunidad política, se añadiría, empero, la crisis de las élites tradicionales, la disponibilidad de nuevos efectivos electorales derivados de los nuevos alineamientos políticos y la posibilidad, hasta entonces inédita, de aliados en la defensa del autogobierno para Galicia (30).

En esta coyuntura, el grupo de La Coruña dirigido por Villar Ponte crearía la *Organización Republicana Gallega Autónoma* (ORGA), comprometiéndose en la lucha por la consolidación de la República, militando simultáneamente en la *Irmandade da Fala*. De cara a una mayor operatividad electoral y dada la centralidad de la defensa de la democracia republicana en su programa, este grupo se integró, bajo la dirección de Casares Quiroga, en el partido de ámbito español *Izquierda Republicana*, que le permitía un cierto margen de maniobra electoral y una orientación laica, republicana y, en principio, federal.

En Orense, por su parte, el tradicionalista *Partido Nacionalista Republicano*, rompiendo con el abstencionismo político previo de sus integrantes, pero manteniendo intacto todo su derechismo político, concurriría, asimismo, a las elecciones presentando al conservador, a la vez prestigioso y popular intelectual Otero Pedrayo en sus listas. Finalmente, en la provincia de Pontevedra, el *Grupo Autonomista de Vigo* organizaría, asimismo, una candidatura encabezada por Castelao e integrada por otros nacionalistas demócratas y progresistas de la zona.

El resultado de las elecciones de 1931, otorgó por vez primera en su historia representación parlamentaria en las Cortes españolas al nacionalismo gallego: dos diputados de la ORGA en La Coruña (Villar Ponte y Suárez Picallo), uno en Orense (Otero) y otro en Pontevedra (Castelao). Los buenos resultados obtenidos en esta entrada en el escenario político, una vez abandonadas las posiciones elitistas y culturalistas previas, y la tibieza del republicanismo en la defensa del autogobierno de Galicia, incentivarían la reunificación de todos los núcleos nacionalistas en un partido independiente. Así, en diciembre de 1931, bajo el impulso del grupo de Pontevedra

(30) X. BERAMENDI y R. MÁIZ: «O pensamento político de Castelao», en R. MÁIZ (dir.): *Sempre en Galiza. Edición Crítica*, Santiago, 1992, págs. 69-144.

y A. Bóveda en particular, nacería el *Partido Galeguista*. Con él, el nacionalismo gallego disponía por vez primera de un partido político en sentido estricto, dotado de estructura organizativa estable y un programa específico. Se rompía definitivamente, así, con el elitismo de la concepción purista del nacionalismo reducido a minorías ilustradas, se procedía a la reformulación inclusiva del mensaje y se iniciaba, simultáneamente, una expansión territorial de su presencia y un sustantivo incremento de militancia y apoyos electorales.

Dotado de periódico oficial (*A Nosa Terra*), el partido se estructuró en «grupos galleguistas» locales a cuyo frente, a nivel gallego, se situó una «Asamblea General», un «Consello Executivo» y una «Secretaría Executiva». Estructura muy flexible que presenta un *modelo originario* de construcción organizativa por *difusión* que pronto estableció sedes por todo el país, si bien resulta claramente perceptible una mayor implantación —como todas las fuerzas de las «izquierdas» (republicanas o socialistas)— en las zonas relativamente más desarrolladas y urbanas de la franja costera de las provincias de La Coruña y Pontevedra. Hasta noviembre de 1933 el PG contaría con 23 grupos locales, tres delegaciones y unos 35 núcleos de diversa entidad, reuniendo un total aproximado de 3.000 militantes. Tras el revés electoral de 1933, el esfuerzo organizativo se hará patente, creándose 89 grupos y 26 delegaciones, así como una organización juvenil *Federación das mocedades galleguistas*, que en conjunto supondrían unos 4.000 afiliados (31). El aumento de militancia a tenor de la reformulación inclusiva del marco interpretativo nacionalista, se traduciría, asimismo, en una importante redefinición de la estructura social del partido, así como potencialmente en una significativa ampliación de los apoyos sociales al nacionalismo gallego en los años treinta. En efecto, mientras la coalición dominante del partido sigue en manos de profesionales liberales e intelectuales, la base de la militancia muestra ahora y, habría que añadir, por vez primera en la historia del galleguismo político, un perfil mucho más interclasista. Como revela el análisis de la distribución profesional de 3.337 afiliados al Partido galleguista entre 1931-1936, el sector de asalariados, empleados y artesanos alcanza un 27 por 100 del total; mientras el de campesinos, marineros y pescadores se sitúa en torno al 32 por 100, y el de comerciantes y pequeños empresarios industriales en torno a un 7 por 100 (32).

La eficacia de la cuantitativa y cualitativamente renovada estructura organizativa del PG iba a comprobarse en la campaña en pro del Estatuto de Autonomía para Galicia, en la que los militantes del partido se volcaron en una intensa actividad de mítines y propaganda, creando un clima favorable entre amplios sectores de la opinión pública, e incluso en otras fuerzas políticas con anterioridad reticentes al autogobierno gallego. Tras el apoyo de Azaña y los republicanos a un proyecto de Estatuto que, renunciando al federalismo programático del par-

(31) X. CASTRO: *O galeguismo na encrucillada republicana*, Orense, 1985.

(32) X. BERAMENDI: *De Provincia a Nación*, cit.

tido, implicaba, sin embargo, para Galicia una auténtica descentralización política, con Parlamento y Gobierno propios y un abanico sustantivo de competencias, en el seno del Estado «integral» de la II República, el plebiscito estatutario, pese a lo engañoso de unas cifras a todas luces falsificadas, daría lugar al punto más alto de presencia e implantación del PG en la sociedad gallega, alcanzando la recepción del marco interpretativo nacionalista unos niveles impredecibles unos años antes. El golpe militar de 1936, la guerra civil y la Dictadura franquista vendrían, empero, a cercenar de raíz esta progresión política del nacionalismo gallego que tendría que volver a empezar, como veremos, prácticamente desde un principio.

Ahora bien, tanto en lo que afecta a la orientación ideológica del partido, como a su política de alianzas bajo el común denominador de su programa (federalismo, derecho de autodeterminación, cooperativismo, medidas de modernización agrícola, etc.), la confrontación interna entre las dos estrategias enmarcadoras; tradicionalista y progresista, continuó siendo un grave problema para la consolidación del nacionalismo gallego durante todo el período republicano. En efecto, la doble articulación político-simbólica no podía ser más clara: frente al derechismo político del sector conservador oponían los demócratas un moderado progresismo liberal republicano; frente al militante catolicismo tradicional de los primeros, el sector de izquierdas se manifestaba abiertamente laico y tolerante; frente al purismo y fundamentalismo de los primeros se alzaba la decidida voluntad de participación política y electoral de los segundos; frente al sectarismo de los seguidores de Risco, oponía el sector mayoritario una creciente disposición a colaborar con el bloque de «las izquierdas». En suma se trataba de dos marcos interpretativos mutuamente excluyentes a los que difícilmente podría compatibilizar la común lealtad nacionalista, en especial a medida que el curso de los acontecimientos de la España de los años treinta polarizaría el escenario político, cada vez más escindido y hostil, entre derechas e izquierdas, que desembocaría en la guerra civil de 1936 (33).

Así, por ejemplo, el retraso del gobierno republicano en la convocatoria del referéndum del Estatuto de a Autonomía, reforzaría las posiciones del sector conservador en el seno del PG, consiguiendo imponer momentáneamente su línea de aislamiento y ruptura de la alianza con los republicanos, presentándose el partido en solitario a las elecciones de 1933, donde sufriría un duro revés electoral, no obteniendo ni un solo escaño. El neocentralismo autoritario que supuso el «bienio negro» y el gobierno de la derecha, permitió, sin embargo, que el sector progresista consiguiera imponer finalmente sus tesis en la IV Asamblea Nacional del 9 de abril de 1935, rompiendo el anterior sectarismo y favoreciendo la alianza con Izquierda Republicana de Azaña, lo que desembocaría en la posterior integración del PG en el Frente Popular en enero de 1936. Ello motivaría, sin embargo, una gravísima crisis interna en el partido, del que se escindiría el minoritario sector conservador que to-

(33) X. BERAMENDI y X. M. NÚÑEZ: *O Nacionalismo Galego*, Vigo, 1995.

maría el nombre de *Dereita galeguista*, sancionándose de este modo la irreparable tensión de años anteriores (34).

La integración en el Frente Popular, al tiempo que resolvió el dilema interno del PG y estabilizó su orientación ideológica, clarificando su marco interpretativo, incorporando mediante una operación de *frame bridging* el discurso nacionalista en el seno del discurso de la izquierda (generándose para el futuro la evidencia política de un Estado plurinacional español con tres nacionalidades históricas) le permitió abordar en muy buenas condiciones las elecciones generales de febrero de 1936, en las que obtendría tres diputados, así como conseguir un amplio apoyo de los Partidos republicano y socialista para el texto del Estatuto de Autonomía para Galicia en el referéndum de junio de 1936. Todo ello, sin embargo, llegaba demasiado tarde: el golpe militar del general Franco y la temprana ocupación político-militar de Galicia por las tropas insurgentes, supondría una brutal cesura en la dinámica de la movilización nacionalista que la posterior dictadura no haría sino reforzar.

IV. RUPTURA CON LA TRADICION Y ANTICOLONIALISMO RADICAL: EL NACIONALISMO GALLEGO BAJO LA DICTADURA FRANQUISTA (1939-1975)

El franquismo supuso una radical discontinuidad, no sólo en la consolidación de una organización estable y territorialmente implantada del nacionalismo gallego y en la incipiente agregación de apoyos sociales de los años de la República, sino en la propia fijación y estabilización de un marco interpretativo equilibrado en cuanto inclusión e intensidad. Cortado en raíz y traumáticamente un tal proceso en su fase inicial, la correlativa inexistencia de una subcultura política galleguista, de un *hidden transcript* (Scott) enquistado en el ámbito familiar o eclesástico, hipotecaría (a diferencia de Cataluña y el País Vasco) la capacidad de resistencia sustantiva del movimiento e implicó una drástica fractura generacional que se tradujo en la pérdida de la memoria histórica y de la tradición organizativa e ideológica del movimiento, reducido a círculos marginales y minoritarios en el mundo de la cultura,

La represión franquista fue, por lo demás, claramente selectiva. Así, mientras respetó a los dirigentes conservadores de la *Dereita Galeguista*, logrando incluso el apoyo explícito del más derechista, Vicente Risco, así como el silencio de muchos otros, a la dictadura, procedió a la persecución de los líderes progresistas, varios de los cuales serían asesinados en 1936, viéndose el resto abocado al exilio. A partir de entonces el nacionalismo desaparecería del interior y se reduciría a núcleos de refugiados políticos, con muy escasa actividad, en América del Sur (Argentina), donde en 1944 se constituiría el *Consello de Galiza*, como organismo coordinador de los dispersos efectivos galleguistas, mientras, en 1946, Castelao conseguiría un puesto

(34) Sobre los proyectos y gestación del texto final del Estatuto, así como sobre la posición de los diversos partidos al respecto véanse X. VILAS: *O Estatuto Galego*, La Coruña, 1974, y ALFONSO BOZZO: *Los partidos políticos y la Autonomía en Galicia*, Madrid, 1976.

en el Gobierno Republicano de España en el exilio, presidido por Giral. A partir de 1950 el aislamiento del galleguismo exiliado, tanto de la evolución de los acontecimientos políticos en España, cuanto del propio Gobierno republicano en el exilio, promovería un deslizamiento del mismo hacia posiciones maximalistas, deudoras de análisis desajustados de la coyuntura y crecientemente desconectadas de la situación española y gallega real, que se traduciría en una ruptura implícita al principio, posteriormente explícita con los nacionalistas gallegos del interior (35).

Estos, por su parte, abandonarían el trabajo político, disolverían el PG y, bajo la dirección de Ramón Piñeiro se concentrarían pragmáticamente en el trabajo cultural, con el objetivo de recuperar la memoria histórica y transmitir el capital ideológico galleguista a las nuevas generaciones, fundando la editorial Galaxia en 1950, y aglutinando a la generación republicana (Pedrayo, Cuevillas, Cabanillas) con la de la guerra civil (Piñeiro, Blázquez, Del Riego). Las dificultades con la censura ocasionarían reiterados problemas hasta finales de los años cincuenta, en los que al hilo de una cierta apertura aparecería vinculada a la editorial la *Revista de Economía de Galicia* (1958) y *Grial* (1962), en las que, al tiempo que la recuperación del gallego para la escritura, se abordaban temas culturales, económicos, sociales e históricos, en un difícil intento de reactualización de la memoria histórica del galleguismo y la incorporación de las nuevas generaciones de intelectuales y universitarios a la causa del nacionalismo. El trabajo cultural se planteaba así, no como complemento de una reorganización política del nacionalismo gallego sino como sustituto de la misma: se abandonaba la idea de construcción de un partido nacionalista e incluso la propia autodefinición como «nacionalismo» y se trataba, debilitando la dimensión político-organizativa del movimiento, de «galleguizar» la sociedad de tal suerte que, en su día, todos los partidos políticos asumieron desde su perspectiva ideológica específica un común legado galleguista.

El paso a la acción política y, con ello, la superación del «piñeirismo», no se produciría y de manera muy ambigua hasta 1963, con la fundación del *Consello da Mocidade*, destinado a emprender la reorganización de una fuerza política nacionalista. La heterogeneidad ideológica de los integrantes del Consello (que incluía desde demócrata-cristianos a comunistas de varia índole) precipitaría inmediatamente su crisis, con la expulsión de los comunistas en 1964, desempeñado empero un papel no desdeñable de clarificación ideológica en la nueva coyuntura política, marcada por la estabilización y relativa suavización de la dictadura tras el durísimo período de posguerra. De hecho, se perfilarían con cierta claridad tres corrientes ideológicamente diferenciadas: una socialista, otra demócrata-cristiana y una tercera de extrema izquierda y nacionalismo radical.

De esta última nacería, el 25 de julio de 1964, la *Unión do Pobo Galego* (UPG) claramente volcada a la acción política partidaria en la clandestinidad franquista. La

(35) X. M. NÚÑEZ: «La supervivencia del nacionalismo gallego en la emigración americana 1939-1960», en J. TUSELL y cols.: *La oposición al Régimen de Franco*, vol. I, Madrid, 1990, págs. 312-322.

UPG, inspirada en los principios del marxismo-leninismo, postulándose desde 1972 como el auténtico partido comunista de Galicia de orientación maoísta, se mostraría asimismo defensora de un nacionalismo radical, manteniendo, sin embargo, considerables dosis de ambigüedad en lo que respecta al ejercicio del derecho de autodeterminación (independentista unas veces, abierta al federalismo o confederalismo en otras, pero antiautonomista siempre). En su programa político, fijado en la publicación oficial *Terra e Tempo*, se aunaría a principios de los años setenta comunismo, tercermundismo anticolonialista y nacionalismo proletario (36). Ingredientes todos ellos que constituirán su persistente ideología la cual, pese a una evolución posterior como veremos de gran pragmatismo, nunca sería explícitamente revisada. Así, inicialmente, una estrategia enmarcadora de gran intensidad y concreción, se vuelca fundamentalmente en el deslinde de lo propio y lo ajeno, desatendiendo abiertamente la dimensión inclusiva, sobre un nacionalismo sectario y de exclusión ejemplificado en la dialéctica dominante «nacionalismo-españolismo» que, instrumentado sobre un modelo *organizativo* de «centralismo democrático» provocará una espiral de expulsiones y crisis en el partido.

En 1963 se fundaría, asimismo, el *Partido Socialista Galego* que inicialmente y bajo la influencia externa de Piñeiro se autodefinirá como partidario del federalismo, como alternativa al nacionalismo; y del socialismo, en rechazo explícito del comunismo tanto en lo que se refiere al modelo de Estado, de economía como de partido. Esta diversificación del nacionalismo gallego de izquierda no llegará a sustantivarse políticamente, pues, a partir de 1967, se producirá una progresiva radicalización del PSG bajo la hegemonía de la UPG, con la aceptación en la *Declaración de Principios* de 1974 del nacionalismo, del «colonialismo interior», el marxismo «revolucionario», etc., bien que manteniendo una salida federal simétrica (para nacionalidades y regiones) al ejercicio del derecho de autodeterminación (37).

El desarrollo organizativo de la UPG, de la mano de una militancia muy activa, fue constante desde su fundación, llevando en todo momento, y ello sería una característica que no haría sino acentuarse con el paso del tiempo, la iniciativa política en el seno del espacio nacionalista de la oposición al franquismo. De hecho, la hegemonía constante de la UPG sobre el PSG se haría patente en la propia evolución de este último, el cual, abandonando sus principios iniciales federalistas y marxistas democráticos, iría asumiendo progresivamente las directrices y posiciones de la UPG, con lo que, el marco interpretativo dominante del nacionalismo gallego, el que marcaba la pauta y fijaba los términos del debate político era en última instancia el de esta última organización (38).

Ahora bien, a partir de los años sesenta, profundas transformaciones van a tener

(36) Vid. A. ROMASANTA: *El nacionalismo radical gallego en el ocaso de la Dictadura y los inicios de la transición democrática (1974-1977)*, Tesis de licenciatura, UNED, 1991.

(37) F. VELLO y F. PILLADO: *A nación incesante. Conversas con X. M. Beiras*, Santiago, 1989.

(38) X. M. BEIRAS: «A estratexia do nacionalismo», en *Prosas de combate e maldicer*, Santiago, 1991.

lugar lenta pero irreversiblemente en la economía y sociedad gallegas, a raíz de cambios de largo alcance que tendrían lugar en la economía española, los cuales alterarían, con el paso del tiempo, las tradicionales precondiciones sociales en las que había tenido que desenvolverse el nacionalismo gallego. Dos procesos de muy distinto signo son destacables en este sentido: la relativa industrialización de la franja atlántica costera de Galicia, con la aparición de una sustantiva clase obrera; y el aumento masivo de la emigración, especialmente a Europa, con el consiguiente envejecimiento de la población campesina. En efecto, a partir de 1960 la economía gallega se incorpora plenamente al mercado, al tiempo que, por un lado, se produce un fuerte incremento de la construcción naval (Vigo, Ferrol), pasándose de 50.000 Tm. de registro bruto en 1960 a 868.000 en 1975, con más de 25.000 empleos fijos en el sector; y de otro se produce la penetración en Galicia de diversas compañías centradas en la instalación de industrias de enclave en procura de materias primas, acceso marítimo y facilidades de diverso tipo: aluminio, refinerías, automóviles, etc. Algunas de ellas, sin embargo, por completar sus ciclos productivos fuera de Galicia, no contribuirían todo lo esperado para generar una oferta de empleo capaz de contrarrestar la emigración, que alcanzaría, entre 1951 y 1970, la cifra de 500.000 personas (39). Sin embargo, pese a que en 1973 las labores agrícolas continuaban ocupando a un 52 por 100 de la población activa, el sector servicios a un 26 por 100 y la industria a un escaso 21 por 100, merece ser destacado el acelerado proceso de mercantilización que a partir de 1960 experimentaría la agricultura gallega, la cual perdería progresivamente su estructura de subsistencia. En efecto, la creciente especialización de la agricultura en Galicia sería una respuesta al incremento de la demanda alimenticia española a partir de 1960, producto a su vez, de la urbanización progresiva y el aumento del nivel de vida logrado por las políticas de incentivo al consumo. Ello conduciría al campesinado gallego a destinar una parte cada vez mayor de su producción al mercado para atender las crecientes demandas urbanas. De este modo, la parte tradicionalmente comercializable de la economía campesina aumentaría de modo considerable en los años setenta. La ganadería, por ejemplo, experimentaría una fortísima expansión, pasando la producción final del sector de 6.000 millones en 1960 a 60.000 millones en 1978. De hecho, la cobertura gallega de la expansión ganadera española, para el período 1962-1980, sería el 22 por 100 para la leche, el 15 por 100 para huevos, 16,3 en carne ovina y el 10,7 en carne de ave (40).

La política desarrollista, la acción del complejo agroindustrial y el mecanismo del mercado darían lugar a una progresiva especialización y modernización de la agricultura gallega, ahondando la integración del campo gallego en la economía española, superando aceleradamente el carácter autárquico del policultivo de autocon-

(39) X. LÓPEZ FACAL y C. NOGUEIRA: *O poder industrial en Galicia*, Vigo, 1980, y X. LEICEAGA: *Capital extranxeiro e industrialización en Galicia*, Vigo, 1993.

(40) J. COLINO y E. PÉREZ TOURIÑO: *Economía campesina e capital. A evolución da agricultura gallega*, Vigo, 1983, y E. PÉREZ TOURIÑO: *Agricultura y capitalismo. Análisis de la pequeña producción campesina*, Madrid, 1983.

sumo tradicional y alterando las seculares estrategias de producción agraria. El grado de absorción por el capital proveedor de medios de producción (piensos, maquinaria, fertilizantes...) conocería un rapidísimo crecimiento a partir de 1964, alcanzando a finales de los setenta una cota de 38 por 100 de participación en las ventas de aquéllas, homologable con muchas de las agriculturas europeas. Así, por ejemplo, el parque gallego de tractores experimenta un alza espectacular, multiplicándose por veinte en quince años, pasando a significar casi el 12 por 100 del parque español en 1979, frente a un 1,7 por 100 en 1964.

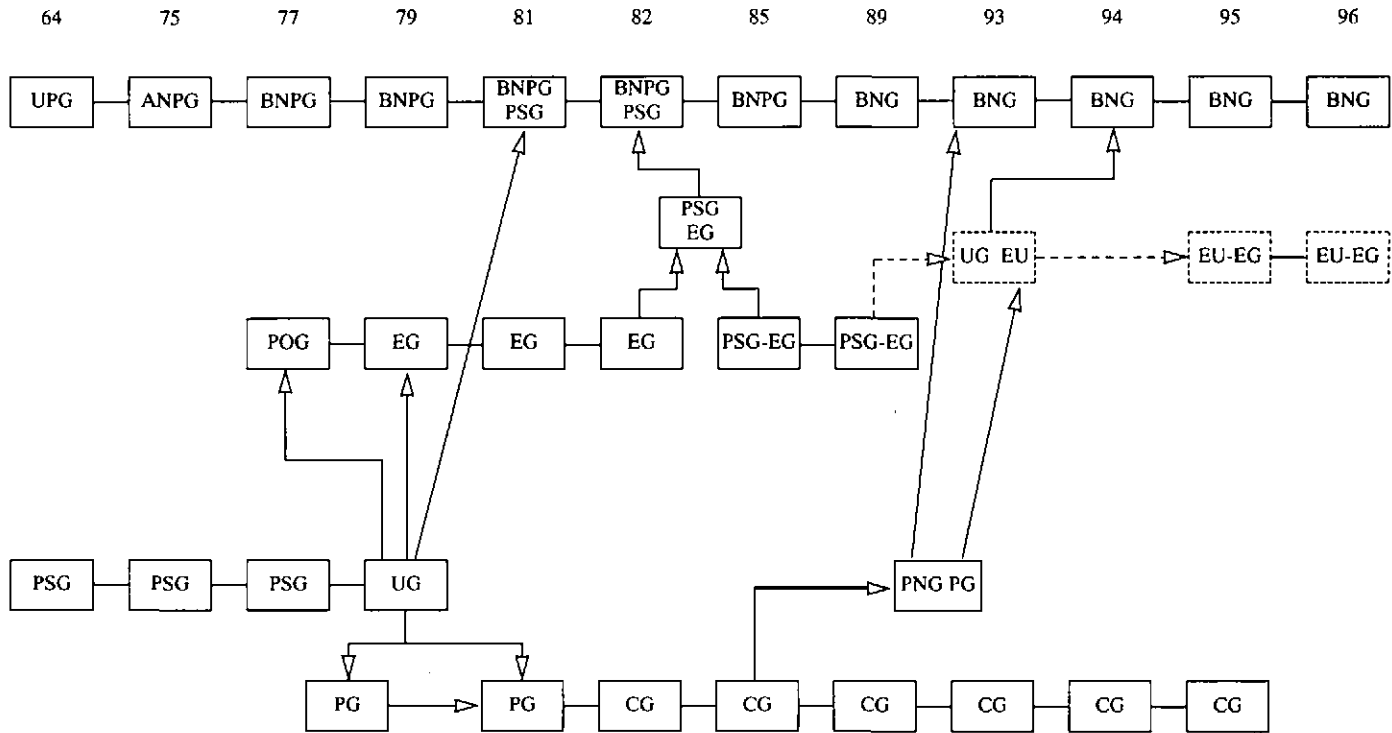
Pese a todo, el peso de la burguesía agraria gallega seguiría siendo muy escaso, pues continuarían dominando las pequeñas propiedades campesinas, de carácter familiar, si bien plenamente incardinadas en el mercado, dotadas de unos niveles considerables de capitalización e intensificación de la fuerza de trabajo y generando lentamente un progresivo incremento del nivel de vida. Las limitaciones más patentes del proceso de modernización de la agricultura gallega de los setenta serían, en síntesis, el éxodo rural indiscriminado y el correlativo envejecimiento de la población activa agraria, así como el constante aumento de las tierras abandonadas.

La incipiente industrialización, la rápida urbanización y el abandono de la economía cerrada de autoconsumo, tendrían no pocas consecuencias sociales y, asimismo, políticas. La más notoria sería no sólo el aumento numérico, sino un salto apreciable en la organización del movimiento obrero en los núcleos industriales, movilización que en un principio transcurrió en ajenidad a las fuerzas políticas nacionalistas.

Sin embargo, el nacionalismo gallego, aun cuando con retraso y pese a mantener un análisis de la situación del campesinado centrada en la autosubsistencia, poco acorde con la evolución de los procesos mencionados, se vería progresivamente obligado en la práctica a responder a los cambios de la estructura social de Galicia, así como a la apertura de la estructura de oportunidad política generada por la descomposición final del régimen franquista. Así, a partir de 1975, en plena crisis definitiva del franquismo, la UPG crearía, con la finalidad de incrementar su exigua implantación y facilitar el acceso a las posiciones nacionalistas de más amplios sectores sociales, la *Asamblea Nacional Popular Galega*, como organización de masas abierta, en principio apartidaria y en torno a unos puntos mínimos, si bien bajo el liderazgo indiscutible de la UPG. Este frente, derivado del marco interpretativo «nacionalismo-españolismo», así como del análisis colonialista de la situación de Galicia en el seno del Estado español, pasaría a englobar posteriormente diversas organizaciones de masas como las Comisión Labregas, el sindicato estudiantil ERGA, el sindicato de enseñanza UTEG y, lo que constituiría una novedad de decisiva importancia para la posterior evolución del nacionalismo gallego en el ámbito de la clase trabajadora, el Sindicato Obreiro Galego (41). El activismo y protago-

(41) M. RIVA e I. TAIBÓ: *Os partidos políticos na Galicia*, La Coruña, 1977, y L. DOMÍNGUEZ y X. R. QUINTANA: «Nacionalismo radical, transición y proceso autonómico en Galicia: 1975-1980», en J. TUSELL y A. SOTO (eds.): *Historia de la transición y consolidación democrática en España (1975-1986)*, vol. I, Madrid, 1995, págs. 457 y sigs.

EVOLUCION DE LOS PARTIDOS NACIONALISTAS EN GALICIA



nismo político de la ANPG de la mano de la articulación y liderazgo de diversas organizaciones, fue seguida, sin embargo, de una profunda crisis interna que obedecía a razones varias, entre las que destacaba el dirigismo político-ideológico y el férreo control organizativo leninista que imponía la UPG en el seno del frente de masas. Esta crisis se reduciría en una escisión en 1976, originándose a partir de ella la *Asamblea Popular Galega* (APG), con carácter más abierto y democrático, más atenta también a los cambios económicos y sociales que estaban teniendo lugar en Galicia, ciertamente crítica con el marxismo-leninismo y el tercermundismo, etc., pero que poseyó en todo momento un carácter minoritario frente a la ANPG.

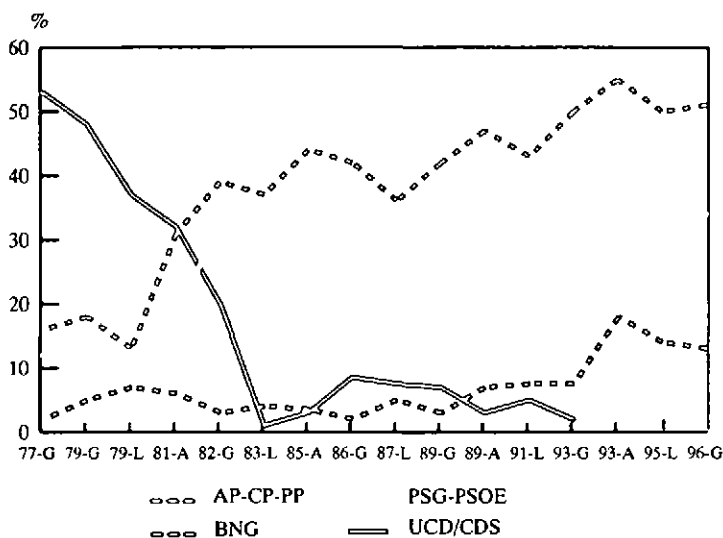
Dada la evolución seguidista de la UPG por parte del PSG, la irrelevancia de fuerzas episódicas como el Partido galego socialdemócrata, llama la atención la ausencia de un partido nacionalista gallego de derecha o centro-derecha que, de modo semejante al País Vasco o Cataluña, aunara la defensa de una modernización capitalista con las demandas de autogobierno. El intento del *Partido Popular Galego*, de carácter democristiano, constituido en 1976, no lograría reunir más que a una serie de notables poco activos y divididos además en lo que atañía al alcance de su nacionalismo que, tras fracasar en la construcción de una fuerza política mínimamente organizada, homogénea y con perspectivas, se dispersarían en otras opciones políticas. Todo ello volvería a poner de relieve las dificultades de incorporación de sectores de la burguesía gallega y las cada vez más amplias capas medias urbanas a un proyecto nacionalista, habida cuenta de su carácter cultural e históricamente ajeno al galleguismo y políticamente más disponibles para otras opciones de ámbito español que respondían, por ende, con más nitidez y eficacia a sus intereses materiales específicos. Este panorama, sin embargo, se vería radicalmente alterado por la transición española a la democracia: la aprobación de la Constitución de 1978 y la existencia de elecciones libres, al tiempo que permitiría constatar sus eventuales apoyos sociales, abriría una nueva estructura de oportunidad política para el nacionalismo gallego.

V. DEL ANTIESPAÑOLISMO AL «PROYECTO COMUN»: EL NACIONALISMO GALLEGO EN LA TRANSICION Y CONSOLIDACION DEMOCRATICAS (1978-1996)

Los decisivos cambios económicos y sociales que tuvieron lugar en Galicia en los años setenta, el nuevo marco político constitucional y estatutario y la discontinuidad con la tradición galleguista de la mano de un nacionalismo gallego formulado en términos de radicales y de extrema izquierda durante los últimos años del franquismo, constituyen el trasfondo con el que el movimiento iba a enfrentarse en el nuevo escenario de la democracia, en su intento de generalizar la evidencia política de la nación gallega. Sin embargo, los iniciales resultados electorales (1977, 1979, 1981, 1982) iban a mostrar una escena política gallega caracterizada globalmente por los rasgos siguientes (42):

(42) Cfr. R. BLANCO, R. MÁIZ y J. PORTERO: *Las elecciones en Galicia I. El Parlamento Gallego*, La Coruña, 1982, y *Las elecciones generales de 1982 en Galicia*, Santiago, 1983.

EVOLUCION DEL VOTO EN GALICIA.
PARTIDOS MAYORITARIOS/BNG



- Precariedad de la participación política, ejemplificada en unos elevados índices de abstención, situándose las provincias de Lugo y Orense como las de menor participación electoral de España. A ello habría que añadir los índices de fragmentación (0,71 en 1982) y de volatilidad (22,5) que muestran la inestabilidad, crisis y recomposición permanente de las fuerzas políticas en Galicia en aquellos años.

- Pluralismo moderado y escasa distancia ideológica relativa entre sus partidos más importantes, así, como, y sobre todo, el carácter netamente conservador del electorado, como lo muestra la clara hegemonía electoral de las opciones de centro derecha con carácter permanente y estable (UCD, AP, PP). En especial, el peso de las grandes formaciones del centro-derecha español se muestra muy superior al alcanzado en Cataluña y País Vasco.

- Escasa incidencia de segmentación nacionalista con muy escasa presencia electoral del nacionalismo gallego en un espacio dominado por partidos de ámbito español.

Todo ello se vería confirmado en las decisivas elecciones generales de 1982, en las que el escenario político gallego mostraría nítidamente sus peculiaridades frente al catalán y vasco, así como al español. En efecto, en Galicia: a) ni el partido socialista PSOE se situaría como primera fuerza política; b) ni el hundimiento de la UCD alcanzaría las magnitudes de lo acontecido en España; c) ni se produce un ascenso de los resultados obtenidos por las fuerzas nacionalistas como en Cataluña y País Vasco; d) la abstención continuaría siendo pese al alza de la participación una carac-

terística definitoria del escenario gallego, y e) el partido conservador Alianza Popular se situaría en un destacado primer lugar.

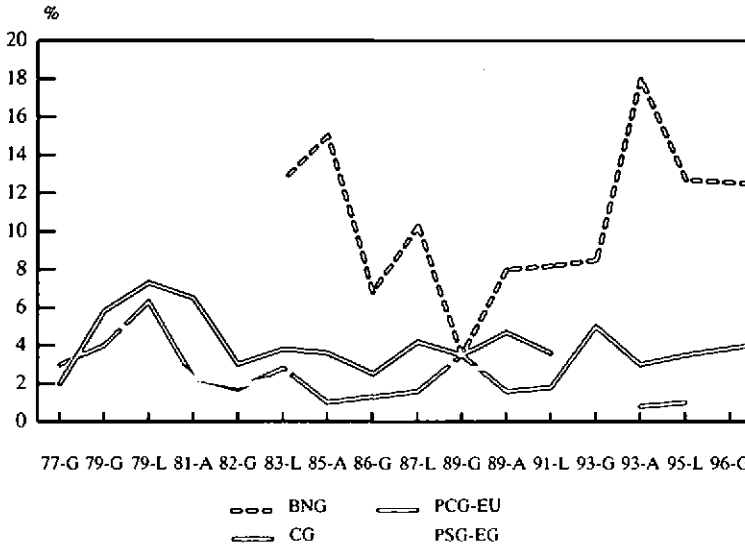
Por lo que al exiguo espacio electoral nacionalista entre 1977 y 1984 se refiere, éste se caracterizaría, a su vez, por: a) diversificación y dispersión de la oferta nacionalista; b) crisis y rearticulación permanente de los partidos nacionalistas; c) hegemonización de la extrema izquierda antiautonomista del ámbito nacionalista; d) desagregación y erosión de cuadros por parte de los partidos de ámbito español en las propias filas nacionalistas, y e) intenso trabajo organizativo y fuerte activismo que se traduce en la no correspondencia entre la creciente presencia política en el mundo de la cultura, comunicación y conflictos sociales y el escaso peso electoral obtenido.

Los profundos cambios sociales y políticos, la tardía reorganización del *Partido Galeguista* (PG) que tendría lugar con posterioridad a 1977, la hegemonía de la UPG sobre el discurso nacionalista y la crónica debilidad de apoyos para un nacionalismo explícito de centro derecha, se traducirían en la imposibilidad de aquél de capitalizar la memoria histórica y legitimidad simbólica de su precedente republicano. De hecho, ni siquiera conseguiría aglutinar a las personalidades políticas que representaban a mediados de los años setenta la tradición perdida de aquel partido. La disgregación de la élite galleguista y la estrategia culturalista concluiría con la incorporación de algunos miembros del galleguismo cultural y político al entorno del PSOE. Así, la celebración de su congreso en 1981, no solamente mostraría la incapacidad de incorporación al PG de las élites históricas del galleguismo, sino que se producirían definitivos enfrentamientos públicos entre algunos de sus líderes más representativos que hipotecarían definitivamente su futuro como fuerza política. De este modo, incapaz de presentarse a las elecciones democráticas de 1977, el PG acude a las de 1979 en el seno de una coalición (*Unidade Galega*) que le permitiría el espejismo de una breve presencia, pero al acudir en solitario a las elecciones de 1981, cosecharía un rotundo fracaso (3,2 por 100 de los votos), no obteniendo representación en el Parlamento de Galicia y convirtiéndose en el único de los partidos significativos gallegos que no obtiene rango parlamentario.

A resultas de ello, un proceso de crisis interna, abandonos y desmovilización se traducirá en su no presentación a las elecciones generales de 1982 y una desaparición de la vida política gallega que desembocaría en la incorporación a un nuevo proyecto político en gestación, *Coalición Galega*, partido moderadamente nacionalista y de centro-derecha, en el interior del cual se integran, asimismo, algunos efectivos de la UCD de Galicia y orientado a capitalizar las redes clientelares de voto de esta formación en algunas zonas, especialmente rurales. La pervivencia de las siglas PG no designarían, a partir de entonces, más que un grupúsculo de nacionalistas con muy escaso peso real en la escena política gallega.

De este modo, un electorado gallego de carácter eminentemente conservador, tendría ante sí en las sucesivas elecciones, la práctica ausencia de un nacionalismo de centro-derecha y, por el contrario un marco interpretativo nacionalista en términos antiautonomistas y de extrema izquierda, lo que garantizará el desalineamiento con

EVOLUCIÓN DEL VOTO EN GALICIA.
PARTIDOS MINORITARIOS/BNG



los votantes, y un carácter minoritario y marginal para esta opción política durante varios años. Además, el constante cambio de siglas y la recomposición permanente de las fuerzas políticas nacionalistas, plagadas de escisiones y expulsiones en razón del carácter sectario que una perspectiva vanguardista, intensiva y de exclusión promovía en organizaciones regidas por el «centralismo democrático», sumarían ulteriores dificultades, habida cuenta de los partidos políticos nacionalistas sólo la UPG, incorporando a otros efectivos bajo más amplias y sucesivas denominaciones de *Bloque nacional popular galego* (BNPG: integrado por la UPG y la ANPG) y *Bloque nacionalista galego* (BNG), concurriría todos los procesos electorales. Veamos brevemente esta primera etapa del nacionalismo gallego en la transición democrática.

Las primeras elecciones condujeron a una multiplicación de siglas y a una patente desunión entre los nacionalistas gallegos. Así, en las elecciones de 1977, la UPG y el PSG, pese a compartir un mismo programa maximalista y de superoferta: rechazo de la Constitución, de la Autonomía, exigencia de Autodeterminación, etc., marco común que podemos ejemplificar en las «Bases constitucionais para a participación da Nación Galega nun Pacto federal» (en las que a una estructura institucional y competencial básicamente federal se superpone un procedimiento constituyente de acentos confederales), etc..., rompen su unidad de acción con motivo de la constitución del Bloque sobre un modelo de Frente Nacional controlado por la UPG, y se presentan a las elecciones cosechando ambos un rotundo fracaso. Se produciría

entonces un abandono de la UPG por parte de un grupo de cuadros destacados que emprendería, fuera del control de la UPG y con voluntad de adecuación estratégica y organizativa a los cambios sociales y políticos de la Galicia de los setenta, la creación de una nueva fuerza política: el *Partido Obreiro Galego* (POG), que se constituiría a finales de 1977 y al que se incorporarían nacionalistas procedentes de sucesivas crisis internas del BNG. Por su parte, el PSG sufriría la escisión del «Colectivo socialista galego», encabezada por algunos cuadros del partido, que se integraría en el PSOE en 1978, originando una corriente nacionalista de escaso peso en el interior de este partido.

La fragilidad del nacionalismo y las perentorias necesidades impuestas por la competición electoral desembocarían en la constitución en 1979 de la coalición *Unidade Galega* en la que se integrarían PSG, POG y PG. Pues bien, en las elecciones de 1979 el BNPG alcanzaría un total de 63.747 votos (frente a los 22.771 de las elecciones de 1977), situándose como cuarta fuerza política, por encima de UG y PCG, pero a enorme distancia de los partidos dominantes: UCD (514.779, 48,55 por 100), PSOE (183.958, 17 por 100) y AP (148.139, 13,9 por 100). Por su parte UG obtendría 58.391 votos, lo que ponía de manifiesto la incapacidad de aportación de sufragios del PG (el PSG había obtenido 27.400 votos en 1977). Sin embargo, la experiencia escasamente alentadora en las generales y regularmente satisfactoria en las municipales de UG (68.759 votos, 6,3 por 100 frente a los 70.335, 7,1 por 100 del BNPG), no alcanzaría estabilidad en razón de la heterogeneidad de los componentes de la coalición, puesta de manifiesto en el proceso de elaboración del Estatuto de Autonomía: el PSG se negó a participar rechazando la autonomía; el POG participó pero no apoyó el texto estatutario; el PG participó en el proceso y apoyaría finalmente el texto.

Posteriormente, en la andadura autonómica, el POG emprendería, no sin grandes tensiones internas durante todo el proceso, el camino de la moderación de sus exigencias nacionalistas inmediatas, aceptando el marco de la autonomía en el camino del autogobierno, así como la mayor adecuación de su discurso a un mundo de creciente peso urbano y en transformación económica, ensayando su conversión en un partido político de «nuevo tipo» de una izquierda democrática y renovada: *Esquerda Galega*, constituida en mayo de 1981. Mientras, el PSG hegemonizado definitivamente por las posiciones de la UPG, formaría coalición con ella en las elecciones siguientes. Se perfilaban, así, en principio, dos estrategias enmarcadoras que pese a ubicarse ambas en el espacio político de la izquierda, manifestaban diferencias sustanciales de organización, de valoración de la Autonomía, de distanciamiento respecto al marxismo-leninismo, etc.

Ahora bien, a los cambios económicos, sociales y políticos vino a sumarse una modificación decisiva de la Estructura nacional gallega de oportunidad política. En efecto, una vez refrendado por el cuerpo electoral gallego en 1980, a partir del 18 de abril de 1981, se produjo la entrada en vigor del Estatuto de Autonomía y con ello de gobierno y Parlamento autónomos, con un nivel de competencias sustantivo, dotado además de recursos económicos muy importantes. De este modo, Galicia, con un

nivel de conciencia nacional políticamente expresada muy inferior a Cataluña y País Vasco pasaría a disponer de un autogobierno de similares características al de aquellas nacionalidades, en razón de haber plebiscitado un Estatuto de Autonomía en la II República. El nacionalismo gallego, rechazaría inicialmente de modo mayoritario (excepción hecha del PG) el marco autonómico en su retórica maximalista, si bien pasaría de modo paulatino a valorarlo positivamente en el caso del POG-EG, o a asumirlo pragmáticamente más tarde (BNPG-BNG), bien que compatibilizándolo con las exigencias, progresivamente de consumo simbólico interno, de autodeterminación. La institucionalización de Galicia como Comunidad Autónoma supondría la alteración radical del contexto político electoral, diseñándose dos arenas diferenciadas (Cortes y Parlamento de Galicia) que no tardarían en conformar pautas específicas de relativo voto dual (ascenso de la votación nacionalista en las elecciones autonómicas y descenso relativo en las generales en beneficio de las fuerzas de ámbito español), tal y como puede comprobarse en los gráficos adjuntos. Pero veámoslo con algún detalle.

En las elecciones autonómicas de 1981, EG concurriría en solitario obteniendo un solo diputado (lo mismo que el Partido comunista de Galicia); mientras la coalición BNPG-PSG, conseguiría tres diputados, frente a los 26 de AP, los 24 de UCD y los 16 del PSOE, que continuaban dominando ampliamente la escena política. Las iniciales expectativas nacionalistas en razón del ámbito de la elección se vieron, pues, defraudadas: BNPG-PSG obtienen apenas 2.000 votos más que en las generales (61.870, 6,2 por 100) y EG 33.497 (3,4 por 100); frente a los incontestables 301.039 (30,5 por 100) de AP; 274.191 (27,8 por 100) de UCD, y 193.000 (19,6 por 100) del PSOE.

Las elecciones generales de 1982 marcadas por la posibilidad de acceso del PSOE al poder, ocasionaron la incorporación de líderes históricos del nacionalismo en las listas de partidos de ámbito español, todo lo cual despotenciaría aún más la segmentación nacionalista del electorado, propiciando, conjuntamente con los factores aludidos de superoferta (BNPG-PSG presentarían a las elecciones un programa basado en las *Bases Constitucionais*) y división interna del espacio político correspondiente, unos resultados desastrosos para los partidos nacionalistas en Galicia. Así, por ejemplo, EG perdería hasta un tercio de su ya exiguo apoyo electoral pasando con dificultades de los 22.000 votos y situándose por debajo del 2 por 100 del total; reuniendo el 32 por 100 de su votación en la ciudad de Vigo con un altísimo grado, por lo demás, de heterogeneidad en su votación interprovincial (25,4 por 100) el mayor, con mucho de todos los partidos gallegos, reflejando su irregular implantación y su práctica ausencia de numerosas zonas. Otro tanto ocurriría, en el aspecto cuantitativo, con el voto BNPG-PSG, perdiendo la coalición 24.000 sufragios, situándose por debajo del 3 por 100; mostrando por el contrario una mayor dispersión en su voto en el conjunto del territorio gallego, con un índice de homogeneidad del 5,5 por 100, y una presencia de núcleos organizativos dispersos extraordinariamente activos, lo que constituyen características claramente diferenciadoras de su superior implantación y eventual crecimiento futuro frente a EG. En cualquier caso, la reduc-

ción del ámbito electoral nacionalista resalta aún más si se compara con los resultados de los partidos «estatales»: AP (CP): 488.375 votos (37,8 por 100) y PSOE: 426.263 votos (35,9 por 100).

Este desastre electoral de 1982 suponía el masivo rechazo del electorado de las propuestas maximalistas del nacionalismo gallego, y sus exorbitantes exigencias de conciencia nacional (*frame transformation*) y la consolidación de la hegemonía de los partidos de ámbito español, que se ratificaría en las municipales, donde la lenta renovación de las élites franquistas locales se haría en beneficio de AP y PSOE (43). Ello se traduciría en tres consecuencias fundamentales para el nacionalismo gallego: a) la crisis abierta en el seno de la UPG con expulsión de varios líderes y ruptura final con el PSG y la creación en 1982 del BNG, en la que conjuntamente con la UPG se incorporarían independientes, colectivos y posteriormente partidos políticos nacionalistas menores; b) la refundación del proyecto político EG con la incorporación de sectores del PSG, abandonando parcialmente el maximalismo nacionalista, aceptando definitivamente el marco autonómico y procediendo a formular un nacionalismo moderado de izquierdas, social-demócrata y no populista, dirigido fundamentalmente a los sectores más dinámicos y urbanos de Galicia: cuadros medios, profesionales, juventud, mujeres, trabajadores industriales cualificados, etc.; y a ello debe añadirse c) la fugaz aparición de un partido nacionalista de centro-derecha, *Coalición Galega* (CG), el cual, incorporando sectores de la antigua UCD y del nacionalismo de centro, se presentaría en las elecciones de 1985, como la única posibilidad de afectar seriamente la hegemonía bipartidista de ámbito español (AP-PSOE) fuertemente instalada en Galicia (44). Su éxito en las elecciones locales daría buena prueba de la inicial capacidad de aglutinación de esta última formación política, cierto que claramente beneficiada por la inercia de numerosos electores de UCD y las redes clientelares del viejo dispositivo orensano: CG conseguía 13 alcaldes en la provincia de Lugo, frente a 19 de AP y siete del PSOE; 38 en la de Orense, frente a 10 de AP y cuatro del PSOE, y seis en la Coruña, frente a 36 de AP y 24 del PSOE. El éxito de su Congreso Constituyente, con la fusión de fuerzas políticas que iban desde sectores procedentes de la desintegración de UCD hasta el mismo PG, proporcionaba implantación, voto y legitimación galleguista a la nueva formación. El hecho de contar con más de sesenta alcaldes y mil concejales, ponía las eventuales bases de un partido nacionalista moderado, bien asentado y por vez primera en sintonía con el carácter conservador y regionalista difuso de buena parte del electorado gallego. Tales expectativas se verían frustradas, empero, con el curso posterior de los acontecimientos, que no darían tiempo siquiera a la emergencia de una estrategia enmarcadora diferenciada.

(43) Véase al respecto, el estudio de G. MÁRQUEZ: «La transición local en Galicia», en *Revista de Estudios Políticos*, núm. 80, 1993, págs. 39-119.

(44) J. GONZÁLEZ ENCINAR: *Partidos políticos y elecciones en Galicia*, Madrid, 1982. Para un análisis del abanico ideológico del nacionalismo gallego de estos años véase J. CABRERA: *La nación como discurso*, Madrid, 1992.

Por lo demás, la década de los ochenta supone un salto adelante en la modernización y urbanización de Galicia, que permitiría superar definitivamente alguno de los hándicaps más importantes que las precondiciones sociales oponían, bien es cierto que acompañado de los déficits políticos sustantivos ya señalados, al avance del nacionalismo gallego (45). En efecto, el sector primario se reduce del 45 por 100 en el 1983 al 36,7 por 100 en el 89 y en 1986 las siete ciudades más importantes reúnen al 35 por 100 de la población gallega. Asimismo, la renta *per cápita* de Galicia, que en 1971 era un 23,5 por 100 inferior a la media española, en 1990 apenas se sitúa un 5 por 100 por debajo de la media. Para finales de los ochenta serían también visible la multiplicación de los lazos de comunicación: la red de carreteras se incrementa en más de un 70 por 100; el parque móvil hace lo propio en un 60 por 100; los tendidos telefónicos en un 60 por 100; los canales autonómicos de radio y TV alcanzan una amplia cuota de difusión; se produce un aumento importante en la tirada de los periódicos de las ciudades más pobladas, etc. Elementos todos ellos que rompieron definitivamente —si bien de modo desigual en lo que atañe a las provincias costeras de La Coruña y Pontevedra, frente a la Galicia interior de Lugo y Orense, que sufren un paralelo proceso de despoblación— el tradicional aislamiento y parroquialismo del mundo campesino. Pero también se manifiestan en estos años los límites y precariedad de esta modernización: la reconversión industrial de los astilleros, la reestructuración de las explotaciones ganaderas y lecheras a que obligó la entrada de España en la CEE, la reducción de la actividad pesquera, etc., todo lo cual generalizaría conflictos no solamente en los núcleos urbanos, sino en sectores tradicionalmente desmovilizados del campesinado («tractoradas», aumento del sindicalismo agrario, etc.). Todo lo cual hace aparecer, nítidamente sentida por vez primera para amplios sectores sociales —dadas las nuevas condiciones de comunicación y percepción de un propio espacio económico gallego con intereses específicos— un potencial conflictivo entre los «intereses de Galicia» y las políticas de Bruselas o Madrid, o la preferencial atención de los gobiernos del PSOE a otras zonas de España. De esta suerte la presencia sustantiva de los sindicatos nacionalistas en los conflictos agrarios e industriales se volvería decisiva para consolidar la implantación de los partidos y en especial del BNG. Si en 1980 el sindicalismo nacionalista alcanzaba un 17,49 por 100 de delegados frente a CC. OO. y UGT, en 1990 la cifra se elevaría hasta un 23,48 por 100 del total y en 1995, tras la fusión de los dos grandes sindicatos nacionalistas INTG y CXTG en la CIG, alcanzaría prácticamente el 30 por 100.

Todo lo anteriormente mencionado se produce a la par que un incremento generalizado de la politización del escenario gallego, derivado del funcionamiento simultáneo de las tres arenas políticas citadas: la de ámbito español, la autonómica y la local. La evolución regresiva de la abstención abunda en este sentido: de un 53,7 por

(45) Sobre la transformación de las precondiciones sociales del nacionalismo gallego ha insistido J. CABRERA: «La construcción de la identidad nacional en Galicia», en *Historia y Crítica*, núm. 4, 1994.

100 de abstención registrada en las primeras elecciones al Parlamento de Galicia, se pasaría a un 42,6 por 100 en las de 1985, un 40,5 por 100 en las de 1989 y un 35,7 por 100 en 1993.

Con todas estas novedades como trasfondo, las elecciones al Parlamento gallego de 1985 supondrían un salto cualitativo en el voto nacionalista, que pasaría de constituir un 13 por 100 del total a alcanzar un 24 por 100 de los votos válidos emitidos. Techo que, al producirse la crisis del Partido nacionalista de centro-derecha (CG, principal responsable de la espectacular subida, no volvería a ser alcanzado). Así, CG obtendría 11 diputados (163.425 votos y 13 por 100); PSG-EG tres diputados (71.599 votos y 5,7 por 100), y el BNG, uno (con 53.072 votos y un 4,2 por 100), manteniendo este último un umbral de resistencia tanto más meritorio cuanto que al maximalismo característico de su oferta venía a añadirse una grave crisis interna. Los datos muestran que la presencia electoral del nacionalismo, si bien minoritaria (AP obtendría 34 diputados con 516.218 votos y un 41 por 100, y el PSOE 22 diputados con 361.946 votos y un 28,8 por 100), alcanzaba un nivel políticamente sustantivo por vez primera en su historia (46).

Pero es que, además, el número de votos y diputados obtenidos por las diferentes fuerzas políticas en estas elecciones proporciona una engañosa imagen del escenario político del momento. En efecto, al no haber alcanzado la mayoría absoluta CP (AP), el gobierno conservador se encontraría en precario y ante la amenaza de un gobierno alternativo sostenido por el resto de los grupos políticos (como efectivamente se produciría al poco tiempo) presionaría ante el naciente partido nacionalista CG, en procura de su apoyo, agudizando con ello las ya de suyo importantes discrepancias internas de esta fuerza política. La tensión entre el ala conservadora de CG, decidida a alcanzar un acuerdo con la derecha en el Gobierno autonómico, y el ala progresista, partidaria de un acuerdo amplio con el PSOE y los nacionalistas (EG y BNG) para formar un «Gobierno de progreso», desembocaría en la escisión final del partido. El sector conservador mayoritario se quedaría con las siglas CG, a la que se sumaría un sector de AP liderado por el ex vicepresidente de la Xunta de Galicia, José Luis Barreiro; y el sector progresista crearía, bajo la dirección del ex consejero González Mariñas, un nuevo partido en 1987: el *Partido Nacionalista Galego* (PNG). A este último se incorporarían en seguida los restos del PG, de nulo relieve político y electoral, pero que aportaban la legitimación histórica de la tradición galleguista, constituyéndose el PNG-PG, siglas con que concurrirá a las elecciones de 1989.

Previamente, sin embargo, la crisis interna del partido conservador en el gobierno autonómico propiciaría la presentación de una moción de censura que llevaría, de modo imprevisto, a la Xunta de Galicia a un presidente socialista y un gobierno de coalición: PSOE, CG y PNG. El nacionalismo gallego, por vez primera en

(46) J. VILAS: «Las elecciones autonómicas en Galicia (1981-1990)», en *Revista de Estudios Políticos*, núm. 75, 1992, págs. 59-85.

su historia, alcanzaría el gobierno de la Comunidad Autónoma el 23 de noviembre de 1987, si bien por espacio de dos años únicamente, lo que le impediría implementar políticas alternativas a medio plazo.

Este momento más alto del nacionalismo gallego no se revalidaría, sin embargo, en las elecciones autonómicas de 1989 que registrarían una fuerte reacción de la derecha (PP) bajo el liderazgo de Manuel Fraga, y supondría, asimismo, una rearticulación interna importante del espacio nacionalista. La oferta plural del nacionalismo a esas elecciones (cuatro partidos: BNG, PSG-EG, CG y PNG-PG), se enfrentaría al impacto que en el electorado habían producido las crisis de los tres últimos durante la legislatura anterior. El BNG, por su parte, iniciaría una apreciable línea de moderación en su mensaje y programa, abandonando la tradicional política de superoferta, para presentarse como una alternativa «constructiva», ofreciendo al electorado un rostro moderado, «en positivo», que respondía a un cambio lento pero sensible en la estrategia enmarcadora de la organización frentista que, ante la suspicacia de la UPG, introducía su carismático líder y único parlamentario Beiras Torrado. De este modo, y dada además su superior organización e implantación, competía con ventaja en el espacio que, lindando con el PSOE, aspiraba a ocupar EG, que veía así seriamente limitadas sus posibilidades de crecimiento.

Ahora bien, el escenario público de articulación simbólica es un escenario competitivo que tiene que ser analizado en una perspectiva relacional. En este orden de cosas, resulta asimismo perceptible un cambio de estrategia de los partidos dominantes, especialmente el PP, que altera negativamente la disponibilidad de efectivos para el nacionalismo moderado por cuanto va a proceder a la rearticulación conservadora del nacionalismo centrista; esto es, al acercamiento y apropiación parcial del espacio ideológico galleguista desde una perspectiva regionalista, ajena a las exigencias del nacionalismo radical, pero precisamente por ello de pragmática sintonía con el sentimiento difuso de pueblo diferenciado constatable en el electorado gallego (*frame alignment*).

Pues bien, la mayoría absoluta obtenida por el PP, con 38 escaños (873.579 votos y 44,2 por 100) y el asenso de los obtenidos por el PSOE que le otorgarían 28 diputados (433.256 votos y un 32,8 por 100), configuran un residual espacio electoral para el nacionalismo que no alcanza en esta ocasión el 16 por 100 del total (nueve de 75 escaños). Las dimensiones de la victoria del PP, que gana en las cuatro provincias gallegas, gana en las siete principales ciudades y en más del 70 por 100 de los municipios gallegos, constituyen el mejor respaldo posible para el proceso de galleguización del partido emprendido por Manuel Fraga. Por un lado, el esfuerzo organizativo de sentar las bases de un partido gallego conservador bajo un único y sólido liderazgo que cohesionaba las diferentes redes clientelares provinciales abarcando reticularmente hasta los niveles más locales, ganando autonomía en el seno del PP español. Por otro, la apropiación de elementos culturales gallegos, incluso del capital simbólico e ideológico de la tradición galleguista, conectando con el difuso sentimiento diferencial del electorado gallego (*frame bridging*). Finalmente, y de modo decisivo, la explotación regionalista de la dialéctica Madrid-

Galicia, responsabilizando genéricamente de los problemas estructurales y coyunturales de la economía gallega a los gobiernos socialistas, sobre un segundo eje retórico, superpuesto al primero, PSOE-PP (47). Ello supondría una radical mutación del escenario de articulación simbólica de la competición política en Galicia, toda vez que una parte del primitivo marco interpretativo del nacionalismo, va a ser integrada, debidamente rearticulada y despotenciada, por el partido mayoritario, PP, deviniendo un fondo común o *master frame*, compartido por nacionalistas y no nacionalistas (defensa de la cultura gallega y uso público de la lengua, defensa de los sectores productivos, enemiga simbólica a «Madrid», etc.) en el seno del cual se librará la batalla por la hegemonía; a saber: quien es el «auténtico representante de los intereses de Galicia».

Por su parte, la diversificada oferta nacionalista recibiría un muy diferente apoyo. En primer lugar, ha de registrarse el hundimiento del nacionalismo de izquierda moderado del PSG-EG (50.047 votos y 3,7 por 100) habida cuenta de la apropiación de su espacio potencial por un BNG crecientemente moderado y mucho más sólido organizativamente desde un principio. En segundo lugar, se produce un salto cualitativo de este último, que se transformaría, a partir de entonces en la tercera fuerza política electoral de Galicia con cinco diputados (105.703 votos y 8,1 por 100). En tercer lugar, se frustraría claramente la consolidación de un nacionalismo de centro, frustración originada precisamente en aquellas características en que se había basado su fuerza electoral en 1985 (síntesis del electorado UCD con nacionalistas de centro), cuanto en la presencia de un poderosísimo competidor en el mismo espacio, el PP. CG obtendría tan sólo dos diputados (con 48.208 votos y 3,6 por 100); mientras el PNG, responsable máximo de la escisión del nacionalismo de centro, no obtendría diputado alguno con tan sólo 17.702 votos.

Pues bien, los tres rasgos básicos antedichos no harán sino consolidarse en las elecciones autonómicas de 1993, ya preanunciados en las generales del mismo año. Ante todo: a) la práctica desaparición del nacionalismo de centro-derecha, estabilizándose la ocupación de dicho espacio por el PP que acentuaría los elementos de galleguización de su discurso, como atestiguan las propuestas de profundización del autogobierno autonómico: concepto de «autoidentificación», reformas conducentes a un Senado de tipo federal, «Administración única», representación diplomática en Europa de las CC. AA., etc.; y, bajo el liderazgo de Fraga sobre los diferentes barones territoriales, consolidaría una organización de ámbito gallego provisionalmente pacificada, y dotada de importante autonomía frente al PP español. Liderazgo que se configura definitivo en el seno de la política gallega toda vez que, un 30 por 100 de los votantes del PP manifiestan que la figura del presidente motivó el sentido de su voto, frente a un 13 por 100 en el caso de Beiras y el BNG; o un mínimo 5,5 por 100 en el caso del PSOE y Presedo; b) la práctica desaparición del nacionalismo

(47) Cfr. X. R. QUINTANA: «El nacionalisme gallec, de la postguerra ençà», en *L'Avenç*, núms. 197 y 198, 1995, págs. 6-12 y 6-11, respectivamente.

de izquierda moderada y socialdemócrata, cuya organización se había venido desmoronando en años anteriores a tenor de la nunca suturada doble cultura nacionalistas radicales-moderados presente en su interior, y cuyo espacio político sería definitivamente apropiado por un proteico BNG, y c) este último no solamente modificaría drásticamente su marco interpretativo originario, moderando notoriamente su discurso público (sin proceder *ad intra* a revisión alguna de sus principios originarios), sino que incorporaría en su seno, potenciando su carácter suprapartidario y frentista, a los restos de la extrema izquierda nacionalista así como, y simultáneamente, de modo más coherente con el progresivo centramiento del partido, a antiguos militantes del nacionalismo de centro-derecha. La integración del PNG en las filas del BNG constituye la prueba más elocuente de ello.

Como hemos visto, el marco interpretativo «nacionalismo-españolismo» dominante en el nacionalismo de la UPG, y por tanto del nacionalismo gallego *tout court*, de los años setenta se mostraba fundamentalmente intensivo y elitista, postulando un discurso de exclusión, obsesionado en discernir, como revelan los editoriales del diario oficial *A Nosa Terra*, en una espiral de pureza, a los «verdaderos nacionalistas» de los «pseudonacionalistas» o «españolistas encubiertos», etc... Sin embargo, desde finales de los años ochenta y ya en los noventa resulta claramente perceptible un abandono progresivo de aquél y su sustitución por un marco interpretativo de «proyecto común» que, desdibujando el discurso inicial tanto en su vertiente izquierdista en lo social cuanto en su radicalismo antiautonomista, pasará a defender un frente amplio populista, mas allá de la dicotomía izquierda-derecha, así como a renunciar al independentismo y antiautonomismo, aceptando el valor estratégico de la autonomía para la defensa de los intereses económicos gallegos. Su militante activismo, sobre unas bases organizativas muy sólidas, asentadas desde los inicios de la transición, y la capitalización de los conflictos sociales espontáneos, completan la apropiación hegemónica en el seno no sólo del nacionalismo sino de la izquierda, de la defensa de los intereses ora «populares», ora «gallegos». De hecho, los sondeos pre y post-electorales muestran que un 35 por 100 de los votantes del BNG manifiestan como razón primera del sentido de su voto «la defensa de los intereses de Galicia» (48). La mayor inclusividad de una estrategia enmarcadora —que sitúa en su centro una ambigüedad calculada, la cual permite una adaptación plástica en su interpelación a los diferentes sectores sociales, bajo la «casa común» del nacionalismo— permitirá la captación de voto procedente tanto de la extrema izquierda y el nacionalismo radical, cuanto del nacionalismo de centro huérfano de un proyecto plausible fuera del PP, y aún del electorado desencantado, por diversos motivos, de los partidos de la izquierda española, PSOE e IU (EU). En este último sentido, el BNG se beneficiaría relativamente de un importante descenso del voto PSOE, debido tanto al desgaste del gobierno central desde 1982, al carácter sucursala-

(48) Hemos desarrollado este extremo en R. MAÍZ, J. M. RIVERA, J. CABRERA y cols.: «Elecciones autonómicas y sistema de partidos en Galicia», en M. ALCÁNTARA y A. MARTÍNEZ: *Elecciones autonómicas y federales. Una aproximación a los casos de España y México*, Madrid, 1996.

lista de la débil dirección gallega, que seguirá un proceso opuesto al PP —mientras éste se galleguiza progresivamente, el PSOE se vuelve más acrítico y seguidista si cabe del aparato central del partido— como, y sobre todo, a una profundísima crisis interna, que escindió irreconciliablemente al partido, paralizándolo casi por completo a partir de 1992. Todo ello se traduce, en cuanto a la estructura de oportunidad política se refiere, en la nueva disponibilidad de un vasto *potencial de movilización* al alcance del BNG, hasta el momento inexistente, por cuando al desalineamiento de sectores del electorado socialista y, vía voto útil, EU-EG, ha de añadirse el monopolio del entero espacio nacionalista, incluido el nacionalismo de centro-izquierda, por parte de esta formación, superándose así uno de los hándicaps más importantes que habían caracterizado al nacionalismo gallego en las primeras confrontaciones electorales. Favorable estructura de oportunidad política y nuevo marco interpretativo populista altamente inclusivo, se aunarán para producir por vez primera una sustantiva movilización del potencial disponible bajo una hegemonía político-ideológica indiscutida en el ámbito nacionalista.

Los resultados de las elecciones autonómicas de 1993, que significarían ante todo una aplastante victoria del PP con 43 escaños (763.839 votos y el 52,6 por 100) ganando por un margen del doble o triple en todas las ciudades gallegas, y un notorio descenso del PSOE, que pasaría de 28 a 19 escaños (con 346.831 votos y 23,8 por 100); otorgarían un sustantivo 22 por 100 a las fuerzas nacionalistas. Ahora bien, de este último porcentaje la mayor parte correspondería al BNG, que obtendría 13 diputados (con 269.233 votos y el 18,5 por 100), siendo se reseñar la captación masiva de voto urbano (en buena medida *ex* PSOE) que le llevaría a igualar en todas las ciudades e incluso a superar en Vigo, Orense y Santiago al Partido Socialista. Por el contrario EG (UG), en coalición con Esquerda Unida, no alcanzaría representación parlamentaria (obteniendo tan sólo 44.902 votos y el 3 por 100). De este modo la tardía síntesis, bajo forma de coalición del proyecto *Unidade Galega e Izquierda Unida* (que asumiría definitivamente, tras una larga evolución a partir del PCG, la autonomía organizativa como partido y la cuestión nacional formulada en clave federalista), sin posibilidad de clarificación ante el electorado al tiempo que generadora del abandono de los sectores más nacionalistas de UG que se incorporarían al BNG, no podría competir, por falta de verosimilitud política (*narrative fidelity*), con la sólida ocupación de su eventual espacio electoral por el BNG.

Finalmente, la desaparición del nacionalismo de centro-derecha no podía ser más rotunda: obteniendo CG tan sólo 6.098 votos (0,42 por 100) que daba por sentada la, si no definitiva, por lo menos estable apropiación de ese espacio nacionalista por el PP. Razón esta última de que, pese a los excelentes resultados del BNG, el conjunto del nacionalismo gallego no alcance el tope del 25 por 100 fijado en las elecciones de 1985.

En definitiva, a partir de 1993, el nacionalismo gallego se ha concentrado en torno al BNG, el cual, culminando su hegemonía histórica en el seno del nacionalismo gallego, recoge ahora, no ya en sus votos, sino en su propia organización a buena parte del activo político del movimiento: la extrema izquierda de *Inzar*, el na-

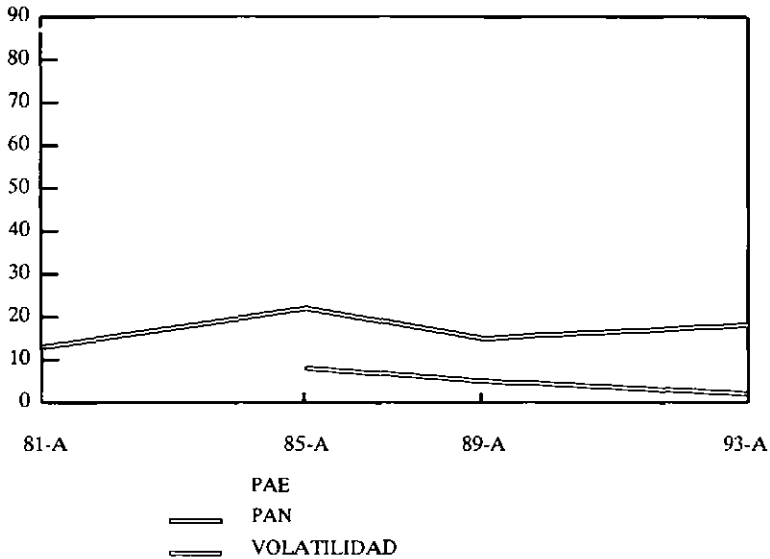
cionalismo centrista del PNG, el nacionalismo socialista de *Esquerda Nacionalista* de Beiras, los sectores de *Unidade Galega* con su líder Camilo Nogueira, que por razones tanto de tradición política como pragmáticas no se incorporaron al inviable proyecto EG-EU, etc. Partidos todos ellos integrados, conjuntamente con la UPG, que sigue detentando el control político y organizativo, en el seno del *partido-movimiento* BNG, el cual no se organiza como una coordinadora de fuerzas políticas, sino como un «Frente único» donde se milita individualmente, pese a estar reconocidas las corrientes organizadas «con carácter simbólico».

La pérdida de más de 100.000 votos en las elecciones europeas de 1994 (en las que el BNG obtiene 127.412 votos y un 11,5 por 100, pese a su antieuropeísmo explícito, mientras el PSOE, en plena crisis interna y grave deterioro gubernamental, consigue una cierta recuperación 24 por 100 y 269.878 votos), no debe mover a equívoco alguno sobre el curso de la evolución futura del voto nacionalista. En efecto, en las municipales de 1995 el BNG (con 208.152 votos y un 13,32 por 100) lograría superar a los socialistas en 78 Ayuntamientos —de hecho, los 916 concejales que les separaban en 1991 son ahora 517— pese a que éste mejoró sus resultados de autonómicas y europeas, perdiendo sólo 16.148 sufragios, un 3,6 por 100 frente a las municipales de 1991 en total un 26,6 por 100 (421.771 votos y un 27 por 100). Por su parte, EU-EG logró 44.743 votos, 14.800 votos menos que lo que EU y PSG-EG habían obtenido separadamente en 1991 y descendiendo, asimismo, por debajo de lo obtenido en las autonómicas y las europeas.

Las elecciones generales de 1996 supondrían la consolidación de un espacio político nacionalista en torno al BNG que se presentaría ante el electorado como única fuerza netamente nacionalista, solamente viendo disputado su espacio por la presencia menor y de escaso arraigo de *Esquerda Unida-Esquerda Galega*. Las elecciones de 1996, sin embargo, implican una continuidad en planteamientos y, como veremos, en resultados con el cambio sustantivo producido en las autonómicas de 1993 que marcaron el verdadero punto de inflexión.

La adopción de la nueva estrategia enmarcadora resulta especialmente evidente en la moderación del discurso y del programa del BNG en la campaña electoral de 1996, en el que las invocaciones a la autodeterminación, la soberanía y las críticas a la autonomía y la Constitución, deudoras del viejo marco interpretativo «nacionalismo-españolismo», resultan reemplazadas definitivamente, por una aceptación del marco autonómico como «razonable» y el mensaje *catch all*, aspirando a recoger sufragios en un amplio espectro que iría desde el nacionalismo radical tradicional, hasta el nacionalismo de centro huérfano de fuerza política alguna, e incluso al electorado del PSOE desalineado tanto por el desgaste gubernamental, la crisis interna del partido como, y sobre todo, por la ausencia de una política autónoma del PSdG - PSOE. Así, de la mano de la nueva estrategia enmarcadora del «proyecto común» el programa del BNG se centraría en una genérica «defensa de los sectores productivos de Galicia», como «voz de Galicia en Madrid». Los resultados electorales, que supondrían, ante todo, una nueva subida del PP (con 806.846 votos, un 48,53 por 100 y 14 escaños), reportarían para el BNG la obtención de un 13,1 por 100 del voto

VOLATILIDAD ELECTORAL INTERBLOQUES
Partidos ámbito estatal-Partidos nacionalistas



válido (219.043 votos) y dos escaños en el Congreso de los Diputados, frente al 32,9 por 100 del PSdG-PSOE (548.144 votos y nueve escaños), lo que pese al descenso de cinco puntos frente a las autonómicas implica de hecho una consolidación del salto cualitativo del BNG producido en 1993.

Ahora bien, seguimos sin poder hablar de una nueva estructura de competición político-electoral por cuanto los votos que el BNG obtiene del desalineamiento del PSOE no alcanzan a sustentarse en una *volatilidad* interbloques clara y de peso, toda vez que esta tiende a disminuir, como puede verse en el cuadro adjunto. El ascenso del BN se produce fundamentalmente por *concentración* en esta fuerza de la práctica totalidad del voto nacionalista, producto de la desaparición o fracaso de las restantes fuerzas de dicho ámbito electoral. Nos encontramos, sin embargo, todavía lejos de aquel 24 por 100 alcanzado en 1985 por el nacionalismo gallego en su conjunto, merced a la presencia de una formación nacionalista de centro-derecha, cuyo electorado ha sido captado en su mayor parte por el PP, situando por esta parte un tope al crecimiento del BNG. Mientras, los resultados de EU-EG con 61.636 votos (3,7 por 100) suponen la consolidación de un reiterado fracaso en conseguir superar la barrera del 5 por 100, cuestionando definitivamente la viabilidad del proyecto.

En conclusión: los cambios económicos y sociales, con la consiguiente y tan acelerada como desigual modernización y urbanización de Galicia, así como la crisis de los sectores industriales, agrícolas y pesqueros (reconversión, UE, etc.), que sus-

tantiva una matriz de intereses colectivos diferenciados gallegos frente a la UE y/o «Madrid»; la modificación favorable de la estructura de oportunidad política que, a su apertura formal y posibilidad de acceso, así como la nacionalización institucional (política, económica y cultural) que la Autonomía supone, añadiría la novedosa disponibilidad de sectores electorales desalineados de sus antiguas lealtades políticas; y, por último, una exitosa movilización de recursos organizativos e interpretativos, acompañada de una profunda modificación de la estrategia enmarcadora, volviéndola más inclusiva y menos sectaria [...] constituyen factores explicativos, todos ellos, no sólo de la presente resolución parcial del tradicional déficit político del nacionalismo gallego, sino de la hegemonía que en su seno ha alcanzado el BNG. De las elecciones autonómicas de 1997, en lo que al sistema de partidos gallego y la estructura de competición con el PSOE se refiere, y de la estabilidad e integración organizativa de la plural formación frentista, en el interior del partido-movimiento, dependerá el futuro inmediato del nacionalismo gallego.